



42

# perspectivas de diálogo

Conflicto en la Iglesia:  
Conflicto Político

# perspectivas de diálogo

**director:** Andrés Assandri

**equipo redactor:** Centro Pedro  
Fabro

Miguel Artola  
Horacio Bojorge  
Ricardo Cetrulo  
Juan Luis Segundo  
Darío Ubilla  
Roberto Viola

**secretario:** Jorge Scuro

**caratulista:** Yim-Cheung-Koon

**impresión:** Escuela-Impronta  
"Don Orione"

**redacción y administración:** Agra-  
ciada 2974 - Montevideo  
con la debida aprobación

**Suscripción 1970 (10 números)**

En Uruguay: \$ 700

En Argentina: \$ 10.50 (1.050 m/n.)  
cheques o giros a: Vicente Pe-  
llegri, Palpa 2440 - Bs. As.  
(cap. fed.)

En otros países:  
correo ordinario: U\$S 3  
correo aéreo: U\$S 7

Orden de pago:  
contra el "Banco Comercial"  
(Uruguay), a nombre de  
Andrés Assandri

Año V — abril de 1970 — Nº 42

41 Lo dicho y lo callado

44 Cristianismo y Política  
(Algunas sugerencias)

*Manuel Oss*

49 Ataques al Obispo  
(Crisis en la Arquidiócesis)

*Horacio Bojorge*

52 Un pretexto: la adaptación  
(En torno al conflicto de San José)

60 Credo

*Dorothee Sölle*

62 Un pretexto: la unidad  
(En torno al conflicto de Las Piedras)

*Ricardo Cetrulo*

64 "Templo clausurado por el Pueblo de Dios"

69 Informaciones

71 Libros

# LO DICHO Y LO CALLADO

Sin duda éste es un tiempo de hablar. Por eso lo hacemos también nosotros: para dar salida a la incontenible necesidad de poner un signo de conciencia sobre los acontecimientos informes que nos acosan. De ahí también, la urgencia de hablar claro. Somos por otra parte conscientes, de la primacía que ha de tener el actuar sobre el hablar. Pero hay actividades y actividades.

PERSPECTIVAS reúne en esta segunda entrega del año, una serie de temas inextricablemente unidos. Acontecimientos unos ocurridos entre nosotros aquí en el Uruguay; puntos de vista otros, que pertenecen a escritores de pueblos queridos cuyos problemas de base coinciden en la búsqueda de una liberación honda, en la que tiene su puesto la conciencia cristiana. Pocas veces como ahora se ha ido viendo la vigencia de la fe vivida en un compromiso con la historia que toca afrontar, quizás dar vuelta en un nuevo fenómeno copernicano. No es con "buenas intenciones" como se colabora al cambio de una situación injusta; se trata de volverla más aguda mediante la denuncia para que los hombres tomen cuenta de ella y empiecen a disolverla. Como lo dice un escritor brasileño nordestino a propósito de los explotados en la "tierra del sol", "esta conciencia les vale como prenda de victoria" (Rui Facó — "Cangaceiros e fanáticos" p. 219).

De todo esto, precisamente, se trata en este número, referido a problemas vividos aquí en los últimos tiempos. Nadie ignora cómo ha tomado cuerpo entre nosotros una división que afecta a la Iglesia, pero que a través de ella acentúa las diferencias existentes en el seno de una sociedad y de una cultura donde las comunidades cristianas están vigentes o simplemente dispersas. En todo caso, este acontecimiento que a muchos asusta, vale como resonador y como índice, como catalisis y característica. Preocuparse por lo tanto, de la comunidad cristiana es atender a sus repercusiones que la desbordan. Mucho más si, como en el caso, se analiza situaciones del interior del país. Entonces tocamos los sectores de ordinario más olvidados —o positivamente dejados de lado— en la tarea reflexiva. Se acude al interior comunmente para sobornarlo políticamente, para buscar un apoyo trivial o nostálgico que apuntale lo que se elabora en la capital o más allá. Nos complacemos hoy en presentar temas cuyos protagonistas, en buena parte, son hermanos nuestros de allí constreñidos a reflexionar, buscar su propia salida, actuar.

Todo esto se plantea en una forma paradójica e inesperada. Los casos de división y polémica presbiterial de San José y Canelones, ponen de manifiesto el hecho extraño de que sea un grupo de responsables cristianos —presbíteros, pero también laicos— reducidos en cuanto al número aunque maduros en la conciencia de los problemas nacionales primarios, los que son atacados por grupos representativos (a cuya cabeza estarían los respectivos obispos) de una sedicente mayoría popular no del todo clara. Agréguese que los presbíteros cuestionados, con no ser ciudadanos uruguayos coinciden con los sectores más combativos y abiertos al cambio que Medellín propone como tarea cristiana básica. ¿Ocurrirá, nos preguntamos, la paradójica situación de que eclesiásticos españoles tomen la posta, a través del tiempo, de los bravíos curas patriotas de la primera Independencia?

En estos casos, del mismo planteo de las cosas, se desprende que son simples presbíteros y laicos, los excluidos por sus colegas que apelan a la autoridad diocesana episcopal. O sea, los combatidos son quienes abren una viva sensibilidad a la evolución social, mientras que los represores afianzados en "tradiciones" ("afianzados" decimos) son la "jerarquía". Podríamos aludir a otros acontecimientos análogos, como el de la diócesis de Tacuarembó donde se arrastra una situación de ajenidad entre el presbiterio y un obispo publicista en la más reaccionaria de las prensas. Quedarían aún otros casos no menos penosos en alguna otra diócesis.

Para ser leales con la realidad, pudiéramos señalar en el otro extremo, la dinámica tarea fraterna que se lleva a cabo en diócesis como las de Salto y Melo (y parroquias del centro del país) donde la integración de los presbíteros extranjeros colaboradores, se mide por su capacidad para hacerse cargo de los problemas del pueblo en marcha, por su disposición para ponerse a descubrir junto a los criollos una operativa esperanza evangélica. Estos son puntos positivos.

Pero ahora nos ocupa confrontar la actitud de Canelones-San José, con otro caso —inverso y sintomático— en la Capital. Aquí, es el Arzobispo de Montevideo y sus colaboradores representativos los que, en apariencia minoritarios, reciben los golpes de un reaccionarismo de sectores católicos que se autodenominan tradicionales, autóctonos, ortodoxos y mayoritarios. La Jerarquía llamada a juicio.

¿En qué quedamos, después de este mal entendido? ¿Dónde está la pista de la verdad o, por lo menos, su rumbo? Para plantear la situación resulta indispensable acudir a los testimonios escritos. Hay documentación de todo esto y la presentamos aquí por extenso, en reseñas bibliográficas o mediante citas. Creímos preciso añadir comentarios críticos. Es un ineludible compromiso para evitar las "manos limpias" de los que no tienen manos, en una época de manos impunes encastradas en la sangre del hombre, en sus lágrimas, en sus torturas...

Bien está hablar de lo hablado, de lo que se ha dicho. Esto ha sido bastante, visto desde un ángulo. Pero ha sido poco —y mucho lo callado— si

atendemos a lo que había derecho de esperar de la reciente Reunión del Episcopado Uruguayo en la Casa de Nazaret. Días enteros de reflexión, de eco prestado —lo esperamos— a la grave situación de injusticia, autoritarismo, venalidad que vive el país; de atención a la carencia de raíces que padece una comunidad cristiana (católica en el caso) que indistintamente juega la carta del opresor o del oprimido; largas sesiones —esperamos que centradas en este grave problema pastoral— para concluir luego con una declaración comunicada a toda la prensa sobre el celibato de los presbíteros, tema que afectará a los países opulentos del Atlántico Norte pero bastante ajeno como hecho sociológico significativo a los problemas de nuestro subdesarrollo, nuestras opresiones en el campo social y a nuestra fe formalista, a nuestra esperanza bamboleada, a la quiebra hoy manifiesta pero de tiempo atrás latente, en lo estrictamente pastoral. Podemos hacernos cargo, es verdad, de las presiones ejercidas quizás para que se publicitara el tal problema subjetivo del celibato, pero no se nos niegue el derecho a lamentar ese silencio sobre lo real de nuestra situación, ese circunscribirse a un documento en defensiva.

Es mucho lo que se calla y poco lo que se dice, sobre todo cuando se trata de la trama misma de nuestra conciencia cristiana insertada en el mundo del que es parte y al que está llamado a servir como valor profético y no con timideces involutivas. Ahora bien, hay también un juicio sobre lo dicho y lo callado que ya estaba presente en las reconvenciones que el Señor hacía a los profetas cuando cerraban sus labios por comodidad o por miedo a la fuerza de los poderosos. Como lo dice el "Credo" publicado en esta misma entrega, Jesucristo resucitó en nuestra vida "para que nos liberásemos de preconceitos y prepotencias".

Por lo menos éste quiere ser el motivo y la dirección de éstas páginas.

## PERSPECTIVAS DE DIALOGO

P. D.

Ya en máquinas la presente entrega de PERSPECTIVAS, se anuncia la inminente publicación de una carta pastoral de la Arquidiócesis montevideana. Aunque no conocemos su contenido, esperamos que fluya por cauces análogos a los de la significativa "pastoral de Adviento" de 1967 y que como aquella se comprometa con el hombre y con su palabra hoy amordazada. Esto rectificaría, en parte, nuestras decepciones, si bien ratificaría, por contraste, la crítica que hemos hecho en estas páginas a otro silencio más general y más omiso.

# CRISTIANISMO Y POLITICA

## algunas sugerencias

*Nuestros lectores ya conocen al P. Manuel Ossa por su artículo sobre el Magisterio de la Iglesia (PERSPECTIVAS Nº 31, p. 3). Profesor de Teología en la Universidad Católica de Santiago de Chile es subdirector de la revista MENSAJE.*

*Esta colaboración del P. Manuel Ossa es una reflexión sobre un tema que por su importancia lo hemos tratado ya en varias ocasiones y que en diversas formas aparece nuevamente en esta entrega de PERSPECTIVAS.*

Manuel Ossa

La polémica europea en torno al celibato sacerdotal ha ocupado recientemente muchas columnas de nuestros periódicos. Pero esta inflación publicitaria no es capaz de acallar inquietudes más hondas. El problema de los cristianos en Latinoamérica no es en primera línea el de si habrá o no sacerdotes casados, sino el de decir si el Evangelio tiene o no algo que aportar a la lucha de los oprimidos. Algo significativo, se entiende.

El pulso latinoamericano se acelera. Las fuerzas y las conciencias entran en ebullición conflictiva. El caso de Haití deja de ser excepcional. En Brasil se instala un enorme aparato represivo. En Paraguay la hipocresía e injusticia de un régimen "pacificador" no logra ya silenciar la protesta. En Colombia, grupos como el cristiano de "Golconda" y el Movimiento Educativo Integrado del marxista Dr. Germán Zabalá señalan que la bandera izada hace cinco años por Camilo Torres sigue todavía en alto. La crisis económica del Uruguay socava las bases sociales y políticas de un gobierno. Aun en un país rico como la Argentina cunde la impresión de que la "institucionalidad" militar es una fachada, por ahora firme, pero incapaz de confrontarse con la voluntad política de los trabajadores. Perú y Bolivia representan un interinato de dudosas expectativas. Chile proyecta sobre el resto del continente la imagen

de una ideología reformista que, con el nombre de "cristiana", no logró ofrecer una alternativa real frente al capitalismo.

Hay algo que hacer, y la acción ha sido ya iniciada. Bien o mal, está andando. No pertenece a un grupo sino a muchos. Es ya persuasión de un pueblo, fermentación y levantamiento de una masa, movimiento surgido en todas partes. La iniciativa no partió de nosotros los cristianos. Pocos piensan que la solución nos pertenezca. La única pregunta restante y valdada es la de nuestro aporte.

No se trata de aportar algo, como grupo particular, con el fin de sacar luego nuestro propio dividendo. Una o varias generaciones de cristianos pudieron procurar el advenimiento o la mantención de regímenes que fueran favorables a la Iglesia. Así pensaban salvarla y posibilitar con esto el anuncio (el "triunfo", se decía entonces) del Evangelio. Este "triunfo" era también el de una forma cultural, el occidente cristiano. ¿No disfrazaría el de un grupo dominante? Hoy la preocupación se desplaza. La teología y la espiritualidad se vuelve a los acontecimientos y situaciones, en búsqueda de lo que Dios en ellos quiere decirnos. Muchos cristianos se persuaden de encaminarse hacia un tipo de comunidad de fe y esperanza que no necesite ni procure el reconocimiento de los regímenes políticos<sup>1</sup>.

## CONDICIONES DEL APORTE CRISTIANO

Nada aportarían los cristianos si quisieran reducirse al aislamiento del culto, a la soledad de una mística lejana, a la acogedora intimidad de pequeños grupos.

Por otra parte, su aporte no tendría mucho de cristiano si el mimetismo con ideologías y partidos los llevara a fusionar métodos y finalidades.

Dicho en forma positiva: sólo hay *aporte* cuando hay compromiso histórico y político. Esto vale de cualquier grupo o persona. Sólo hay *aporte cristiano* cuando se lleva a la historia la perspectiva del Evangelio. ¿Es posible unir compromiso histórico y perspectiva evangélica?

El tema merecería ser abordado con profundidad desde varios puntos de vista: sociológico, psicológico, histórico y teológico. No podemos cumplir aquí un programa tan vasto. Nos contentaremos con algunas insinuaciones.

### COMPROMISO POLITICO

Por compromiso histórico entendemos compromiso político. Por compromiso político entendemos una acción en las estructuras donde se ejerce autoridad y poder con referencia a una ley<sup>2</sup>, es decir, donde se define y determina la marcha de una sociedad, su relación con otras y la relación de los grupos dentro de ella. El compromiso político en Latinoamérica implica, a nuestro juicio, no sola y principalmente una preocupación por el funcionamiento corriente de la autoridad, la aplicación ordinaria de las leyes y el simple ajustamiento de las relaciones sociales e internacionales, sino el enjuiciamiento crítico de todo un sistema de intercambios económicos, relaciones sociales, legalidad, gene-

ración del poder y ejercicio del mismo; implica también una postura creadora en la búsqueda de los cambios indispensables.

El compromiso histórico y político así definido puede llevarse a cabo sea en el seno de los partidos sea desde otras esferas de actividad. Se puede decir que casi cualquier actividad significativa tiene alguna incidencia política. Así, por ejemplo, la educación, tanto si ella se contenta con impartir conocimientos tradicionales como si pretende despertar la conciencia de los educandos frente a los problemas de la sociedad. Pues, en el primer caso, fomentará el conformismo con el sistema vigente, lo que es una manera de situarse políticamente; y en el segundo, pondrá las condiciones culturales para que puedan despertarse ciudadanos críticos y creadores.

Cuando se trata de la actividad religiosa y cristiana, se incurre frente a ella en una contradicción. Por una parte, se pretende apartarla de toda incidencia en lo político. Por otra, se utiliza la religión para fines ideológicos y partidistas. Esto último sucede tanto entre los representantes de las derechas como en los de las izquierdas.

### SOFISMAS E INCONSECUENCIAS

Para alejar al cristianismo de incidencias políticas lesivas a ciertos intereses de clase, se maneja en todos los tonos la frase de Cristo ante el tribunal de Pilatos: "Mi Reino no es de este mundo". Se olvida que El la dijo para negarse a sí mismo todo uso de poder armado en defensa personal, pero no para abdicar de la defensa que El mismo había asumido del pobre, del desheredado social y religioso, del despreciado y oprimido. Quienes así comentan el Evangelio muestran por lo demás la inconsistencia de su interpretación cuando no dudan en utilizar políticamente a la religión establecida —en este caso, los sentimientos religiosos populares, las jerarquías— en la mantención de sus privilegios, tradiciones, propiedades y poderes.

El que "la Iglesia no deba meterse en política" parece ser una consecuencia del axioma anterior. Pero esta consecuencia se fundamen-

(1) Ver J. L. SEGUNDO, *Esa comunidad llamada Iglesia*, (Carlos Lohlé, Bs. As., 1968), espec. cap. IV, nota 3, p. 140; Gustavo GUTIERREZ, *La pastoral de la Iglesia en América latina*, P. II, cap. IV, Ed. Centro de Documentación MIEC-JECI, Montevideo, 1968; Hugo ASSMANN, *Caracterização de uma Teologia da Revolução*, PONTO HOMEM, sep. oct. 1968, nº 4, p. nº 4, p. 6-45. Hemos sabido que esta revista fue suprimida poco después de la aparición de este número).

(2) Para esta parte de la definición, remitimos al manual de Robert DAHL, *Modern Political Analysis*, (Prentice Hall, Englewood, N.J., 1965).

ta en racionalidades teológicas por lo menos discutibles. Se dice, por ejemplo, que la misión de la Iglesia es "trascendente". Ella debería moverse, pues, hacia "lo de arriba" y hacia el "más allá". ¡Bonita manera de significar lo que no tiene "nada que ver" con esta tierra, un entretecho olvidado, la nube de lo imaginario! Se insiste en que ese "más allá" es el de la "salvación eterna" de los individuos. Tal debería ser la inquietud constante de la Iglesia, asunto principal ante el que empalidece la importancia de todos los otros. No lo social, pues, sino lo individual; no lo de aquí sino lo de allá. Pero no se toma en cuenta que el individuo aislado no existe; que la salvación eterna no es sino la absolutización del amor al prójimo vivido en el tiempo; que en el orden del que-hacer real, la preocupación por las cosas de aquí abajo a la luz de la eternidad del amor coincide hasta identificarse con la preocupación por las "de arriba"; que buscar al Dios trascendente en un cielo desconocedor de la miseria de la tierra es condenarse a encontrar a un Zeus Olímpico y no al Dios de Jesucristo, cuya trascendencia no consiste en hallarse por encima de la condición humana sino en atraer y aspirar al hombre en la dirección del futuro: el advenimiento de su Reino de paz, de justicia, de reconciliación<sup>3</sup>.

Se dice, además, que la política es el dominio de la diversidad, del enfrentamiento, de la lucha. La Iglesia y el cristianismo tienen que representar la unidad y la paz y no pueden predicar sino el amor. Todo esto es cierto. El asunto es saber si el amor, la paz y la unidad pueden ser "representados" de veras sin preocuparse de que alguna realidad humana y social corresponda a la representación; si no se corre el riesgo de verter sobre las heridas de una sociedad el bálsamo de palabras tan consoladoras como ineficaces; si los ritos y las palabras no pueden hacer que los cristianos se contenten con la paz de sus asambleas, el amor

de sus familias y vecinos, la unidad con sus propios jerarcas y se resignen a que la sociedad humana, allá afuera, siga condenada a la guerra, el odio, la división<sup>4</sup>.

### PALABRAS SIN REALIDAD

Los sofismas y las inconsecuencias nos persiguen aun dentro de la Iglesia, adueñándose del lenguaje de la Jerarquía. Pero todos somos de una u otra manera solidarios y responsables de nuestra Jerarquía. Por eso hablaremos en plural.

Siempre con el temor de acción concreta, se insiste en que la Iglesia es portadora de una Palabra, de un mensaje. Deudores de una larga historia en que, progresivamente, las palabras se han ido separando de la realidad hasta el punto de poder sustituirse a la acción, hemos acumulado declaraciones con las que después, en la práctica, no nos sentimos comprometidos. O si llega a salir de labios oficiales una palabra más incisiva, con mayor mordiente en situaciones de injusticia, generalmente se le opone el contrapeso de otras más sesudas y prudentes; de esta manera queda anulado el desequilibrio provocado por la primera; los actos no pueden desencadenarse. O también elaboramos espléndidas teorías, agudas e ingeniosas pero inaplicables o ineficaces porque no están alimentadas por una experiencia de acción ni son capaces de ofrecerse flexiblemente a la complejidad de verificaciones reales. Otras veces adoptamos las palabras de moda, como por ejemplo, al decir que la pastoral de la Iglesia tiene que ser "concientizadora": pero en el momento en que caemos en la cuenta de que la concientización lleva a una comprensión de las dimensiones políticas del actuar y a la denuncia de las alienaciones sociales, muchas veces con referencia a determinados cuadros ideológicos, entonces retiramos nuestra ficha del juego y dejamos a los "concientizados" en la es-

(3) Para una comprensión renovada, a la vez histórica, sociológica y teológicamente de la trascendencia cfr. Jürgen MOLTSMANN, *Die Zukunft als neues Paradigma der Transzendenz*, INTERNATIONALE DIALOG ZEITSCHRIFT, 1969, nº 2, p. 2-13, y el libro del mismo autor que citamos en la nota 6, infra.

(4) Es el peligro señalado por Christian LALIVE en su obra *El Refugio de las Masas. Estudio Sociológico del Protestantismo chileno*. (Ed. del Pacífico, Santiago (Chile) 1968). El peligro amenaza también a las "comunidades de base".



tacada. Y la estacada, nuevamente, es la de la acción...

Se dirá entonces que una es la acción de la Jerarquía en la Iglesia y otra la de los laicos. Pero nos preguntamos de nuevo si no es ésta a menudo una distinción de palabras. Corresponde ella, por cierto, a la realidad de funciones distintas en el interior y hacia el interior de la Iglesia. Más aún, es posible que, para realizar su aporte de cristiano, el laico necesite que su hermano sacerdote no se halle implicado como él en la militancia partidista. Así podrá éste ayudarle mejor a discernir ciertas idolatrías de partido de su compromiso con el hombre. Pero cuando se trata de dar la cara por ciertas orientaciones del Evangelio, la distinción es inoperante. De mantenerla, sólo serviría de disfraz a la cobardía de los clérigos. En la realidad de los hechos no siempre se la mantiene —gracias a Dios. Por lo demás, los “interesados” no se equivocan. Así, cuando en el Paraguay, el gobierno quiere reprimir una toma de conciencia social y evangélica a la vez, sabe muy bien donde asestar los golpes: fueron clérigos los exilados. Y la Iglesia oficial —jerárquica— les ha prestado su apoyo, respaldando con esto también a los laicos comprometidos y a la acción política de éstos. Porque en este caso la política no es la de la mera lucha partidista.

### OPCIONES POLITICAS

En América Latina, la causa del hombre —en concreto, la del trabajador del campo y de la industria— es una causa que trasciende el partidismo. Pero es una causa también —aunque no sólo— política. Y en este terreno hay opciones reales.

Hay cristianos a quienes les parece, no por corazonada, sino después de serios análisis y estudios, que en las actuales circunstancias y por un período difícil de determinar a priori, tienen que ligar sus esfuerzos políticos a los de las únicas ideologías que ofrecen una alternativa real frente al capitalismo, es decir algunos de los diversos socialismos. Ninguno de los socialismos existentes les deja satisfechos desde el punto de vista de un humanismo abier-

to a ciertos valores fundamentales y últimos. Ven una lamentable carencia de creatividad en las generaciones que pudieron y no lograron en el pasado (¿porque las circunstancias no estaban maduras? ¿por encerramiento de perspectivas?) inspirar tales valores en alguno de los socialismos políticamente viables o en otros que hubieran podido idearse. Pero habiendo llegado la hora de la acción, piensan que nada se saca hoy con lamentarse sobre el pasado y que, por otra parte, las urgencias del momento no les permiten cruzarse de brazos en la espera de una ideología óptima. Creemos que, quienes así encaran sus opciones no pueden ser condenados en nombre del Evangelio<sup>5</sup>, sino merecen que se los aliente a luchar por la causa del hombre en las vías concretas que ellos han elegido. Merecen, además, que se los acompañe en su acción para que, en ella y desde adentro, puedan realizar un aporte integralmente cristiano. Integralmente, decimos: porque aunque ya es cristiano el comprometerse con el oprimido, la fe en Cristo tiene algo que aportar, y desde adentro lo repetimos, a este mismo compromiso.

### APORTE CRISTIANO

Volvamos ahora al punto de partida de nuestras reflexiones. ¿Cuál es, en la tarea política, el aporte del cristiano? Es imposible reducir a unos pocos temas toda la riqueza de una aportación de vida. Y tratándose de una vida transformada por la gracia, su influjo benéfico no se deja cuantificar. Pero algo se puede decir, en la espera de que la acción efectiva de los cristianos ofrezca ulterior materia de reflexión a la teología.

La acción y la lucha política se mueven en el plano de realidades reducibles a números, como las económicas; en el de las generalidades, como las masas humanas; en de las estrategias, tácticas y programaciones a corto y mediano plazo. Estos enfoques son necesarios en

(5) Mons. Carlos González lo insinuaba el año pasado, en su carta pastoral del día de la Ascensión (mayo), aunque hablando, eso sí, de un socialismo “mitigado”, “corregido”. (cf. *Construyendo en la Esperanza*, p. 34-35; ver MENSAJE, nº 181, agosto 1969, p. 385).

orden a la eficacia de la acción. Pero no son totales. Se corre el riesgo de pasar por alto las dimensiones que dan sentido a la vida humana, tanto de los grupos como de los individuos: las dimensiones de la profundidad y la de un futuro no programable, el futuro absoluto. Sin la visión de un sentido último, no hay acción ni compromiso durable y fructífero. Tarde o temprano, sea en la vida de un individuo, sea en la de una sociedad que ya ha conseguido sus metas, la pregunta del sentido y de la significación se plantea ineludible. Y la respuesta, para seres marcados por la muerte, no puede venir sino de una fe que engendra una esperanza. En el momento en que se plantee la la pregunta, el cristiano tiene que recorrer el velo de un horizonte, situando al hombre en sociedad ante la expectación del Reino de Dios.

Es posible que haya quienes vean el sentido de su acción y de su lucha aun sin denominar Reino de Dios a la meta a la que tienden. Pero, precisamente por no llamarlo así y por no someterse a sus exigencias, corren constantemente el riesgo de poner el absoluto en una meta obtenible por medios puramente técnicos y políticos. Y esta absolutización de metas inmanentes —es decir, puramente de este mundo— es una manera de idolatría que, tarde o temprano, se vuelve contra el hombre y particularmente contra el más débil. Un cristianismo que se conforme y contente con “este mundo”, es decir, con cualquier sistema o lucha, hasta el punto de no distanciarse críticamente de él, deja de ser cristianismo y cesa de aportar un elemento que toda lucha y sistema requiere. La raíz de la crítica cristiana y la razón última por la que el cristianismo no será nunca bien avenido ni siquiera en un sistema socialista —con tal que sea verdadero cristianismo— no es un desprecio de este mundo sino la visión que posee del absoluto de justicia, paz y reconciliación que significa el Reino de Dios prometido.

Pero, precisamente porque espera con firmeza que el Reino comienza en esta única tierra e historia —aunque no se consume aquí— y porque cree que la reconciliación, la justicia y la paz son posibilidades reales y alcanzables por

el hombre, la crítica del cristiano y su descontentamiento son o deberían ser propulsores de una acción que se compromete con realismo en obtener lo que se pueda de las condiciones sociales, políticas y económicas en cuya transformación se empeña<sup>6</sup>. Decimos: con realismo. Pensamos, en efecto, que el cristiano, por esperar en un futuro absoluto, no se dejará descorazonar fácilmente por las desilusiones inherentes a toda acción política y a sus logros limitados. Puede resultar así de la fe un aporte insospechado de energía, constancia y abnegación.

Finalmente, aunque no participa en los idealismos de quienes olvidan que el hombre es un ser condicionado por la naturaleza y por las relaciones de producción, sin embargo no cree tampoco el cristiano que la mera transformación de la materia y de la economía consiga eliminar la explotación del hombre por el hombre. Por esto él aporta, con su visión de la libertad humana, es decir, del pecado y de la gracia, la preocupación por hacer posible la conversión del hombre hacia las perspectivas de un mayor amor. Y por esto, dicho sea de paso, no piensa que una dictadura, ni la del proletariado, conseguirá mantener y afianzar la sociedad del futuro.

---

Con estas cuantas reflexiones no hemos pretendido abarcar el problema en toda su complejidad. Hay temas que permanecen suspensos, como el de la figura de la Iglesia oficial, por una parte, y el de las comunidades cristianas, por otra, en diversas situaciones políticas; o el de moralidad y medios políticos; o el de la espiritualidad del político, etc. Otros han sido apenas insinuados, remitiendo a quienes los han tratado más extensamente o a estudios futuros. Ojalá que estas ideas así como están sirvan al menos para sugerir caminos de reflexión y de acción.

---

(6) Las orientaciones actuales de una teología en relación con la política van en la línea de una “teología de la esperanza”. Ver Jürgen MOLTSMANN, *Theology of hope* (Harper and Row, N.Y. 1967) y J. B. METZ, *Zur Theologie der Welt*, M. Grünewald, Mägnancia 1968).

# ATAQUES AL OBISPO

Horacio Bojorge

## DE DONDE VENIMOS

*“¿Habéis oído alguna vez, piadoso Emperador, que en cuestiones de la fe los laicos se hayan constituido en jueces, para dictaminar sobre cuestiones de los Obispos? O procediendo con servilismo cortesano ¿habremos de inclinar el dorso hasta el suelo, olvidando los derechos de los Obispos? ¿He de abdicar yo, en favor de otros, el derecho que Dios mismo me ha dado? ¿A dónde iríamos a parar si el Obispo hubiera de ser adoctrinado por los laicos?” (P.L. 16, 1004).*

Escrita en el año 386, la carta de San Ambrosio de Milán al Emperador Valentiniano II cobra entre nosotros repentina actualidad. El 29 de setiembre de 1969, Mons. Rubio señalaba con dolor que *“desde hace tiempo y desde diversos órganos de la prensa nacional se han dirigido y se dirigen ataques a la pastoral arquidiocesana, sea en sus líneas generales, o en las personas que la coordinan, o en los documentos que se publican”*. Con ello: *“se mancha el buen nombre de laicos, sacerdotes y obispos.”*... *“Los que así actúan acusan fácilmente a los responsables de la pastoral (sin detenerse ni ante la apreciada persona del Señor Arzobispo) de desviar a la Iglesia por caminos errados, de infiltración marxista o de dedicación a problemas sociales que no entrarían en la competencia de la Iglesia.”*... *“En el fondo de todas las acusaciones a que aludimos... parece descubrirse o una obsesión que ve errores y comunismo por todas partes, o una expresión de*

*molestia por una Iglesia que, comprometida a fondo en su fidelidad al Evangelio, quita la paz a quienes habían logrado conciliar prácticas religiosas e injusticias sociales, o molesta a quienes, si bien hasta ahora nada les había interesado la Iglesia, comienzan a inquietarse ante una Iglesia que con valentía y sinceridad denuncia las injusticias de sistemas y estructuras y quisieran que el silencio del Pueblo de Dios les permitiera seguir acumulando riquezas sin parar mientes en los que sufren en condiciones desesperantes.”*... *“Dichos ataques se realizan generalmente desde la oscuridad del anonimato o del seudónimo...”*

Las prédicas bajo seudónimo coagularon por fin, no hace mucho, reunidas en antología, en una carta colectiva que acusaba al Arzobispo y a la Curia de comprometerse indebidamente en política... nada menos que en favor del comunismo, de sus maniobras y de su revolución.

La carta colectiva resume una larga lista de acusaciones con estas palabras: *“Con sus actitudes están apoyando al comunismo, su subversión y su guerra de guerrillas: Mons. Carlos Parteli (Arzobispo de Montevideo), Mons. Andrés Rubio, el Can. Haroldo Ponce de Leon, el Pbro. Arnaldo Spadaccino y otros muchos sacerdotes que los imitan o los siguen. Por consiguiente se han convertido en enemigos del Pueblo y de la Patria Oriental, se han sumado al número de aquellos contra quienes debemos combatir.”*

Quien haya leído los artículos firmados con el seudónimo de Zoilo Cruz en el suplemento rural del diario "La Mañana" y los que publicaba el vespertino "El Diario" bajo el seudónimo de Timoteo y Cabo Trompeta, advertirá el parentesco con la carta citada.

Analizando la evolución de los hechos llama la atención que la insolencia de las acusaciones no ha hecho más que aumentar y desembozarse ante la actitud conciliadora y moderada de la Curia Arquidiocesana. La mansedumbre del pastor parece haberlos envalentonado.

Pero entre tanto, la obra de difamación sistemática, bajo seudónimo primero, firmada después, envalentonada o exasperada por el solo muy de cuando en cuando quebrado silencio del diario "BP Color", subestimada quizás en su efectos dañosos, sobre todo en el interior del país, no ha hecho sino fortalecerse y consolidarse en sus posiciones.

A la sombra de la tolerancia y de la conciliación, se ha agigantado y no cesa de planear —como lo van mostrando los hechos de los últimos meses— nuevos pasos de una escalada de agresión contra un blanco bien determinado, no nos engañemos: Mons. Partelli, el Pastor, el Obispo.

Por buena conciencia o revanchismo, por errónea alarma o fingida táctica, por convergencia de dispares sentires de sinceros creyentes o por estrategias políticas, el movimiento de difamación y rebeldía contra el obispo ha llegado a ser un hecho incontrovertible y —previsiblemente— se agravará y fortalecerá en lo sucesivo.

No vamos a ser nosotros los que aconsejemos al Obispo la conducta a seguir. No nos toca pedir la mano fuerte, ni clamar por las excomuniones. Sí podemos, en cambio, señalar el síntoma, pero sobre todo, prever su evolución e invitar a la recapitación.

## A DONDE VAMOS

La división que siembra en la Iglesia nacional esta punta de lanza de rebeldía, este germen sectario, amenaza debilitar la Iglesia. Peor aún, amenaza abrir la puerta del fondo a las ingerencias e intromisiones de los poderes políticos.

La Historia eclesiástica es rica en enseñanzas en este sentido.

La Carta de San Ambrosio de Milán es de un tiempo en que la nariz imperial estaba ya profundamente metida en los vahos de la cocina eclesiástica. El momento histórico que vivimos todavía no reedita desembozadamente los mismos extremos de intervención del César que nos evoca otra carta de San Ambrosio del mismo año 386:

*"Corrió de boca en boca que los verdugos habían sido ya enviados delante y que la sentencia de muerte estaba pronunciada... en todas partes veo pintada la tristeza y correr las lágrimas por causa de aquella orden impartida a las iglesias de dispersar a los Obispos católicos, de herir de muerte a los que se resistan, de deponer a los Ordinarios que no oberezcan a las disposiciones del Emperador. ¡Y pensar que es un Obispo el que ha dictado oralmente semejante decreto! ¿Lo habrá suscrito asimismo de su puño y letra?"* (PL 16, 1049-1050).

Estamos felizmente lejos de una situación eclesiástica semejante.

Pero la dirección en que corren los acontecimientos es desgraciadamente ésta.

Haciendo eco a la advertencia evangélica que prohíbe acudir a los jueces no eclesiásticos —para ventilar problemas entre cristianos, dice el mismo San Ambrosio: "*¿Hay que deliberar sobre problemas de la fe? Yo estoy acostumbrado a hacerlo solamente con la Iglesia; en esto sigo a todos mis antecesores*" (PL 16, 1004). ¿No es ya un síntoma alarmante que Zoilo Cruz, Cabo Trompeta y Timoteo y otros tantos con seudónimo o sin él hayan salido a ventilar sus acritudes contra el propio obispo —¡y en qué tonos!— ante los que no tienen fe?

Acudir a jueces extraños es ya una apostasía del espíritu cristiano, y es abrir la Iglesia, la casa propia a las ingerencias de los extraños, que serán presumiblemente los poderosos. Los que hacen ésto, son comparables a aquél que incendió su casa por miedo a los ladrones.

La ulterior evolución de esta escalada es previsible. No vacilaron en usar tribunas que jamás antes se habían distinguido por su catolicismo, incorporaron sin escrúpulos a su coro voces que sólo entonan el gregoriano cuando

les parece que La Internacional alcanza un volumen peligroso. Fundaron una secta con un centenar de mujeres y una cincuentena de hombres más obsesionados por la llegada de los "bárbaros" que inquietos por los verdaderos intereses de la Iglesia. Manchán a gritos el nombre de su obispo, haciéndolo ante la opinión nacional y ante las autoridades civiles, sospechoso de connivencia y complicidad con las fuerzas de subversión política. ¿No es esto ya una acusación virtual ante las autoridades civiles? ¿No es denunciar a su obispo como culpable de un delito pasible de condena por la justicia ordinaria del Estado? Sólo les falta dar un paso para ir a depositar la denuncia formal delante de los tribunales civiles. Y la conducta que han seguido hasta ahora, la exasperación casi histérica de sus alegatos, que es síntoma de un espíritu presa de los peores consejeros, no da ninguna garantía, antes bien, hace temer que no sepan detenerse en la carrera que los está precipitando al disparate, y comprometer a la libertad de la Iglesia. Están haciendo el juego a los que quisieran verla dividida y sujeta.

A lo más podrá mediar entretanto, como escalón intermedio, la maniobra política o diplomática, la presión sinuosa de los conjurados que se mueven en el secreto, en la más pura línea de las tradiciones sectarias.

#### MEA CULPA EN PECHO AJENO

*"El que hace algo a espaldas del obispo y del colegio de los ancianos ése es el que no*

*está puro y limpio de conciencia"*, decía San Ignacio de Antioquía a los tralianos. *"Cuantos son de Dios y de Jesucristo ésos son los que están al lado del obispo"*, insistía a los filadelfios; y a los fieles de Esmirna les dirigía el famoso paso: *"Seguid todos al obispo, como Jesucristo al Padre... Que nadie, sin contar con el obispo, haga nada de cuanto atañe a la Iglesia. Sólo aquella Eucaristía ha de tenerse por válida que se celebre por el obispo o por quien de él tenga autorización. Dondequiera apareciere el obispo, allí esté la muchedumbre, al modo que dondequiera estuviere Jesucristo, allí está la Iglesia universal. Sin contar con el obispo, no es lícito ni bautizar ni celebrar la Eucaristía; sino más bien, aquello que él aprobare, eso es también lo agradable a Dios, a fin de que cuanto hicieréis sea seguro y válido..."* *"El que honra al obispo, es honrado de Dios. El que a ocultas del obispo hace algo, rinde culto al diablo."*

¿No sería más concorde con la auténtica modestia cristiana el examinar la propia conciencia y deslindar las propias responsabilidades? Nadie nos enseñó en la Iglesia a rezar el confiteor del vecino y menos a golpear el pecho del obispo, como si fuera él el culpable de los males de la Iglesia o de la sociedad en que vivimos y de la que somos corresponsables.

Pero si de todos modos creyéramos necesario corregir algo en otros la reprensión sea, conforme al Evangelio, primero cara a cara, luego ante testigos, por fin ante la Iglesia, pero de ningún modo como se viene haciendo. Y que uno puede prever en qué irá a parar...

# UN PRETEXTO: LA INADAPTACION

El documento que presentamos a nuestros lectores constituye una carta leída en el Consejo del Presbiterio de la Diócesis de San José de Mayo, el 2 de abril del presente año. Está dirigida por todos los sacerdotes uruguayos que trabajan en la ciudad de San José, a los Padres Baquer (español), Benedict (español) y Beck (belga), que trabajan en la misma ciudad.

*Creemos que ya ha llegado el tiempo en que hay que dejar definitivamente aclarado para todos que San José es una diócesis, es decir (según la definición del Dcr. "Cristus Dominus", Nº 11), "una porción del pueblo de Dios confiada a un obispo para que la apaciente con la colaboración del presbiterio". (Se subrayan 3 elementos: PUEBLO - OBISPO - TERRITORIO).*

*De acuerdo al mismo decreto conciliar creemos que aquí en San José hay "una iglesia particular en que VERDADERAMENTE está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica.*

*Esta Iglesia está constituida en primer término por TODOS los bautizados de la diócesis.*

*2º, por el Sr. Obispo Luis Baccino; y*

*3º, por el presbiterio que —demás está decirlo— lo formamos los sacerdotes incardinados a esta diócesis.*

*Si por indecisión, pasividad o inseguridad de nuestra parte esto no ha quedado claro, lo lamentamos. Pero una omisión —aun culpable— no nos exime del deber de tomar en serio nuestra responsabilidad de servidores subordinados de esta comunidad concreta.*

*"El ministerio de los presbíteros (dice el "Prebisterorum Ordines", Nº 2) por estar unido al Orden episcopal participa de la autoridad con que Cristo mismo forma, santifica y rige su cuerpo".*

*Basados en esto y en la caridad pastoral que también nos apremia, los sacerdotes incardinados que queremos estar al servicio de esta comunidad maragata tal como ella es, estamos dispuestos a llevar hasta sus últimos consecuencias lo que nos exige una real y auténtica actitud de servicio. Queremos escuchar "eficazmente" a esta comunidad, así como también consustanciarnos con su pensamiento, sus sufrimientos y sus crisis.*

*Es así que —compelidos por la misma comunidad— no podemos permanecer por más tiempo callados ante lo que ya no es alguna que otra voz aislada, sino un clamor general en San José.*

*De unos años a esta parte, tanto los sacerdotes uruguayos, como los religiosos y las religiosas de los tres colegios y hospital, venimos escuchando casi a diario quejas contra actitudes y palabras de varios sacerdotes (y algunos/as no sacerdotes) que culmina ahora con virtual rechazo de los mismos. Rechazo que en muchos casos se hace extensivo a otros sacerdotes y al propio Sr. Obispo por considerarlos pasivos, complacientes, cómplices.*

*Estamos convencidos de que las cosas han llegado a un punto tal que, permitir que continúe este desborde mediante una actitud silenciosa y pasiva, sería incurrir en complicidad culpable y convertirnos en traidores de la comunidad a cuyo servicio*

*estamos ordenados. En este momento, echarse atrás, cejar en la decisión que, en conciencia, nos vemos obligados a adoptar, indicaría que nuestra comunidad maragata es un organismo desahuciado, una comunidad mortalmente herida, si no ya desintegrado por completo.*

*No es nuestro ánimo atacar, ni ofender, ni ensañarnos contra nadie; sino defender y devolver la confianza a un pueblo cada vez más confundido y disperso.*

*De ahí que, teniendo por delante ese elemento (esencial para nosotros sacerdotes) de la cavidad social que es la "cavidad pastoral", nos vemos obligados —sin ánimo de herir, reiteramos— a enumerar algunas apreciaciones que nos llegan todos los días y por las cuales algunos sacerdotes han quedado descalificados e inhabilitados, para seguir actuando en nuestro medio.*

*Lamentamos tener que llegar a estos extremos, dolorosos para todos, pero hace tiempo que esperábamos que, en su buena fe, tomaran espontáneamente la única resolución viable a esta altura; irse a sus diócesis de origen.*

*Nos desagrade profundamente tener que descender a detalles concretos, porque, tomados aisladamente, podrían parecer pequeñeces o, a lo más deficiencias atribuibles únicamente a la limitación humana. Pero es un conjunto tan profuso de actitudes, gestos y palabras que —más que un defecto— define una "línea pastoral" y un "estilo de vida sacerdotal" incompatibles no sólo con nuestra mentalidad sino también con lo que debe ser la función de la Iglesia que es UNA, SANTA, CATOLICA y APOSTOLICA.*

*"Línea pastoral" y "estilo de vida sacerdotal" que son rechazados por la comunidad, por el presbiterio y por el Sr. Obispo porque se los entiende atentatorios precisamente contra estas cuatro notas esenciales de la Iglesia.*

*Contra la UNIDAD*

*—estilo de trabajo en pequeño grupo, de suyo bueno y recomendado, pero con exclusión de otro tipo de trabajo que a veces ha sido enjuiciado, ridiculizado y despreciado en forma expresa, al tal punto que se ha convencido a alguna gente de que es la única línea pastoral posible. "La herejía comienza cuando se toma la parte por el todo". De acuerdo a esto, estamos frente a una verdadera herejía pastoral.*

*—experiencias litúrgicas alienantes a espaldas de la comunidad, del presbiterio y del obispo (misas en casas: se puede nombrar algunos de los casos conocidos);*

*—promoción de grupos (ghettos) que corren el riesgo de ir perdiendo su inserción real en la Iglesia (caso del grupo que pretendió sentar al Sr. Obispo en el banquillo de los acusados para enjuiciarlo, incurriendo así en un atentado descalificador). Ni que hablar del desprestigio en que se ha pretendido hacer caer a la mayoría, si no a todos los sacerdotes de la diócesis;*

*—desautorizar al Papa: celibato sacerdotal, Humanae Vitae, Credo del Pueblo de Dios, su enfoque de los problemas político-sociales, su actuación en Medellín... (Esto y la distorsión a que ha sido sometida la figura del Obispo son hechos atentatorios también contra la nota de Apostolicidad);*

*—división entre la gente; impedir el acceso del apostolado a muchos: caso de las catequistas "viejas"; antiguos militantes adultos que no encuentran lugar para desarrollar ningún apostolado o que simplemente se sienten desplazados... insultar privada y públicamente a la gente (prácticamente a la mayoría de los maragatos, católicos o no) tratándolos de "mentes podridas"; críticas demolidoras contra colegios y comunidades religiosas, etc....*

*Contra la SANTIDAD*

*—aparte de los VERDADEROS escándalos por todos conocidos y que despertaron críticas incluso en el exterior, habría que señalar la omisión de asistencia espiritual sobre todo en lo sacramental, a enfermos... hasta tal punto que hay gente que se pregunta si esos sacerdotes creen realmente en los sacramentos (alguno había dicho que la confesión es alienante). De un sacerdote algunos se preguntan si todavía es "católico práctico";*

*—muchos se quejan de que la predicación y la orientación que se les da no les ayuda en su vida cristiana (no predicán las exigencias del Evangelio sino aplicaciones personales socio-políticas).*

#### **Contra la CATOLICIDAD y la APOSTOLICIDAD**

*—en general todo lo que ha contribuido a desfigurar el verdadero rostro de la Iglesia, a encerrarla en un grupito de "iniciados" y todo lo que signifique ataque o desconocimiento o algún género de desprecio de la jerarquía.*

*Las opciones concretas de "status social" que han elegido algunos sacerdotes sin consultar al presbiterio ni tener en cuenta la aceptación o el rechazo pastoral de la comunidad católica.*

*Para finalizar, repetimos que hacemos esto teniendo en cuenta de que los incardinados (por limitados que seamos) somos los principales responsables en dependencia del Obispo de la marcha de la pastoral. Lejos de querer atacar, reconocemos las cualidades, la dedicación y la buena intención de estos sacerdotes. Pero creemos que no han logrado el grado de adaptación adecuada a esta comunidad. Deseamos que puedan hacerlas fructificar al máximo en otro lugar.*

\* La "Asamblea de Laicos" de la ciudad de San José, con fecha 21 de abril, envió a PERSPECTIVAS este documento para su publicación.

Entendemos que con esta carta, y con las consecuencias que inevitablemente parece llamada a tener, se cierra una etapa del proceso que hizo de la diócesis de San José de Mayo una diócesis-piloto en los años que precedieron al Concilio.

Cuando la diócesis fue erigida (con límites mucho más vastos que los actuales), Monseñor Luis Baccino, hasta entonces Vicario General de la Arquidiócesis de Montevideo, fue nombrado su primer obispo. La Diócesis de San José era entonces, como la mayoría de las regiones eclesásticas de nuestra campaña, poco más que un núcleo disperso de parroquias territoriales, con su trabajo sacramental ordinario.

Mons. Baccino, enfrentado con esa realidad y teniendo, como pocos o ninguno en ese entonces, la visión de una diócesis con pastoral especializada, con acento en la juventud, en la catequesis de niños y adultos, en la promoción y evangelización rural, no tuvo tal vez otra alternativa (como la tendría, en cambio, más tarde, la diócesis de Salto, por ejemplo, debido a su mejor estructura interna) que la de recurrir en gran medida a la ayuda de clero venido del extranjero.

Este clero no fue ciertamente reclutado a ciegas, sino seleccionado por sus cualidades y

dedicación. Llegó principalmente de España, aunque también de Italia, Francia y Bélgica. Como era lógico por lo especializado de las tareas que se le confiaban, se estableció en las dos ciudades más importantes de la diócesis: Trinidad y, sobre todo, San José.

Clero urbano, clero rural, situaciones diferentes, métodos diferentes, oscuros unos, más visibles otros, sacrificados cada uno a su manera, que no era la misma... Que todo ello iba a generar una fuente de tensiones era, hasta cierto punto, más que previsible. La autoridad del Sr. Obispo, real y no sólo legal, su dinamismo y las realizaciones obtenidas, mantuvieron latentes dichas tensiones. La diócesis se hizo conocer sobre todo por la actividad del clero venido del extranjero.

Hoy, varios años después, la situación es diferente. La enfermedad del Sr. Obispo, la creación de nuevas parroquias urbanas con su correspondiente clero uruguayo urbano, y, sobre todo, las distintas circunstancias en que la Iglesia ejerce su función, han volcado el equilibrio de fuerzas, si así podemos expresarnos. Las crisis pastorales generadas por el Concilio, la crisis política que vive el país entero se transparentan a cada instante en el documento con que culmina la crisis.



En este contexto objetivo difícil, y no en el plano de juicios y anécdotas personales inverificables, debe leerse el documento que presentamos. Y leído en tal contexto, entendemos que interesa a todos los uruguayos, católicos o no. Algo que importa a la vida de nuestro pueblo se juega allí.

## NUESTRO ENFOQUE

Nadie nos constituye jueces, y no podría ser nuestro intento deslindar responsabilidades y establecer lo justo en un conflicto que no hemos vivido sino lateralmente y a base de informaciones fragmentarias.

Pero la carta que presentamos a nuestros lectores es tan significativa, tan tributaria de situaciones y problemas que nos afectan a todos los uruguayos, que no podemos menos de pronunciarnos sobre el acontecimiento global, aun a riesgo de ser parciales.

Y, ante la imposibilidad de obtener todos los datos, preferimos correr el riesgo de oír exclusivamente a una de las partes y precisamente a la parte acusadora. Trataremos de analizar su argumentación, dejando de lado la cuestión —sería porque afecta a hombres reales— de saber qué ocurrió concretamente en el contexto indicado.

## ¿EXTRANJEROS V. CRIOLLOS?

La insistencia con que se vuelve, una y otra vez, en la carta a aludir a la distinción entre sacerdotes “incardinados” y sacerdotes aún pertenecientes a “su diócesis de origen”, plantea sin lugar a dudas el problema como una línea divisoria que pasa entre sacerdotes uruguayos y sacerdotes extranjeros.

La última frase recalca aún más este planteo resumiéndolo en que deben “irse a sus diócesis de origen” porque se piensa que “no han logrado el grado de adaptación adecuada a esta comunidad”. Lo cual supone que sí lo han logrado (o que ni siquiera tuvieron que procurarlo) los sacerdotes uruguayos.

Así planteadas las cosas, comencemos por admitir que el proceso histórico de la diócesis trae consigo, con toda su gravedad, el problema de la ayuda de personal extranjero. Sería

absurdo proyectar al pasado una problemática que sólo hoy estamos en condición de plantearnos con claridad, y en sus proporciones más universales. Pero no deja de ser cierto que, hoy, los datos más objetivos y científicos de la dinámica de grupos (y el presbiterio como conjuntamente responsable lo es) exigen que “obtener la unanimidad sea la primera condición de supervivencia del grupo como tal. No importa que, para esto, sea preciso *bajar el nivel de decisión*... Es preciso esperar el crecimiento del grupo sin forzarlo a ir más allá de sus posibilidades”<sup>(1)</sup>.

¿Quiere decir esto que haya de evitarse el aporte al grupo de nuevas personas, con cualidades e ideas diferentes? No, con tal que ese aporte no tienda “a quebrar la unidad del grupo y a crear un sub-grupo”<sup>(2)</sup>. De hecho se creó, en la diócesis de San José, un sub-grupo, el de los sacerdotes extranjeros y con él se identificó prácticamente, y durante mucho tiempo, la diócesis entera en la figura que presentaba hacia el exterior.

¿Pecado original? Tal vez. Pero ese sub-grupo ¿es hoy, después de años de actividad en la diócesis, un grupo extranjero, inadaptado?

Su carácter extranjero en la actualidad está subrayado continuamente en la carta con un argumento *legal*, por no decir *legalista*: el de la *incarnación*, es decir, ante el derecho canónico, la aceptación mutua por parte del Obispo y del sacerdote, como situación de suyo definitiva. Entendemos, por el contrario, que en una Iglesia viva las responsabilidades pesan sobre todos los que aceptan a lo largo de los años un compromiso cristiano, y ejercen, además, una función real y específica en orden a la comunidad eclesial.

Es cierto que, amén de este argumento con que comienza y termina la carta, se esgrimen otros. Veámoslos. Se dice que los “sacerdotes uruguayos, como los religiosos y las religiosas de los tres colegios y hospital” escuchan quejas contra “varios sacerdotes (y algunos/as no sacerdotes)”. Habría que añadir, para no fal-

(1) Lauro de Oliveira Lima. *Treinamento en Dinâmica de Grupo*. Ed. Vozes. Petropolis, 1969, p. 42.

(2) *Ib.*

sear las proporciones, que entre los que figuran simplemente como no sacerdotes, existía una comunidad religiosa con opciones comunitarias y pastorales muy diferentes a las que se mencionan más arriba y constituida por uruguayos. ¿Se puede, pues, atribuir a *falta de adaptación de extranjeros* el núcleo de la crisis actual?

Un argumento esgrimido como prueba de falta de unidad con la Iglesia local es el de haber hecho "opciones concretas de status social sin consultar al presbiterio". Dejando de lado que esa opción, constituida por el trabajo civil, no parece, en sí, alejar de una Iglesia definida en primer término por "los bautizados", la carta ignora, deliberadamente o no que más de un año después de haber decidido el presbiterio no cobrar dinero por actos litúrgicos, algún sacerdote uruguayo entre los firmantes continúa haciéndolo. No discutimos las razones que puede tener para hacerlo en oposición a la decisión del presbiterio. Pero, una vez más comprobamos que la verdadera línea divisoria no pasa entre extranjeros y uruguayos, sino que apunta a problemas más genéricos e importantes, ocultos bajo esa formulación capaz de generar una solidaridad casi instintiva.

Por otra parte, cualquiera que haya tenido alguna relación con grupos laicos de San José, maduros en sus problemas, profundamente interesados en su compromiso cristiano, y uruguayos en su totalidad, habrá observado que, lejos de sentirse ignorados por estos sacerdotes supuestamente inadaptados, se agrupaban en torno a ellos.

Una vez más, y aun a riesgo de repetir siempre lo mismo, esto no dirime la cuestión ni juzga conductas individuales que desconocemos. Pero inválida el argumento esgrimido. Nuestros lectores saben que problemas similares, si no idénticos, se presentan en la diócesis de Tacuarembó llevando consigo el mismo tipo de acusaciones, a pesar de haber salido de ella los únicos religiosos sacerdotes (francés uno, argentino el otro) extranjeros que podrían estar en la situación de los acusados en esta carta. Sacerdotes españoles de la misma orientación general trabajan sin problemas y en estre-

cha colaboración con los sacerdotes uruguayos encargados de la pastoral en la diócesis de Melo...

Y que la línea divisoria en tales o parecidos problemas no pasa entre nativos y extranjeros nos parece, además, un signo de los tiempos de todo el continente latinoamericano <sup>(3)</sup>. Esto bastaría ya para alertar a nuestros lectores. No vivimos en un contexto eclesial simple. Nos urge interpretarlo y llegar a los verdaderos problemas.

## PASTORAL V. PASTORAL

Otro punto, señalado como importante por la misma carta acusatoria, es el de las opciones pastorales subyacentes a las críticas concretas de detalle. Si las denuncias apuntaran a hechos concretos y nada más que a ellos, nos inhibirían de comentarlas. Pero toda una orientación pastoral está en ella claramente aludida y condenada. Lo cual, amén de constituir un argumento más de que la línea divisoria no pasa por la nacionalidad, ofrece la oportunidad de un análisis más objetivo por comparación en las opciones pastorales de otras diócesis uruguayas.

Se critica en la carta "el estilo de trabajo en pequeño grupo". Ahora bien, esa opción pastoral ha sido tomada claramente por diócesis uruguayas como Salto y Montevideo, cosa de todos sabida. La carta acepta que ese trabajo sea bueno, pero no que excluya otros.

No obstante, el problema es, aquí también, mucho más complejo. Si la mayoría de los firmantes realizan el otro tipo de trabajo, hay que concluir que la carta no pretende equilibrar dos trabajos sino *excluir* uno. Lo cual es otra forma de "tomar la parte por el todo..."

---

(3) Nuestros lectores recordarán la información proporcionada sobre los sacerdotes extranjeros obligados por el gobierno a salir del Brasil y, más recientemente aún, la expulsión de los PP. Oliva y Ramallo, decretada por el gobierno paraguayo, sin juicio alguno y motivada por su valiente actitud en defensa de los derechos del mismo pueblo paraguayo. La clausura simultánea, en ese país hermano, del periódico *Comunidad*, dirigido por el P. Gilberto Giménez, paraguayo y uno de los mejores y más valientes periodistas de nuestro continente, muestra una vez más cómo la línea de la liberación y de la renovación de la Iglesia no pasa por la demarcatoria de la nacionalidad, de la incardinación, etc.

Dando, pues, por sentado que una y otra parte estén realizando un trabajo diferente sin armonía entre sí, la carta deja entrever claramente el planteo real de esa falta de unidad: "se divide a la gente, se impide el acceso del apostolado a muchos: caso de catequistas "viejas": antiguos militantes adultos..." También aquí nos encontramos con un problema pastoral que sobrepasa de lejos los motivos concretos —justificados o no— para declarar "herejía pastoral" la acción de los sacerdotes inculminados.

La pastoral de conjunto de la Arquidiócesis de Montevideo, por ejemplo, ha mostrado claramente la existencia del mismo problema. A ese inevitable desplazamiento se le ha dado, sin embargo otra significación. La concientización al mismo tiempo religiosa y social de grupos cristianos, interroga necesariamente a la totalidad de la Iglesia. ¿Hasta dónde está ésta, como conjunto y comunidad visible, dispuesta a aceptar y a asimilar esa toma de conciencia y sus consecuencias? <sup>(4)</sup>

Si la Iglesia acepta tener que cambiar, no puede aceptar *de igual manera* ni la vieja catequesis (cuando la catequesis se renueva por mandato expreso de Medellín) ni la vieja militancia (cuando la militancia y su concepto han sido oficialmente corregidos por el episcopado latinoamericano para hacerla servir a la salvación, esto es, a la completa liberación del hombre). ¿Es posible cambiar sin desplazar fuerzas y personas? ¿O sólo se acepta el cambio que no desplace fuerzas y personas? <sup>(5)</sup>

Los grupos que proceden del *aggiornamento* constituirán necesariamente ghettos mientras la Iglesia jerárquica no define una línea donde se reconozca su plena pertenencia a la comunidad cristiana. La mera comunidad de los bautizados, si no se da una renovación previa, es incapaz de reconocer la novedad *aggiornada*. Pretenderlo sería poner la carrera delante de los bueyes.

Ese trabajo de renovación que comienza con pequeños grupos exige una liturgia adecuada. Si este trabajo no se realiza o, por lo menos, se admite, la liturgia en pequeños grupos puede ciertamente volverse alienante, pero habrá que investigar hasta qué punto no carga con la culpa quien se niega a aceptarla como auténtica y necesaria a todo el pueblo de Dios.

También aquí prescindimos de detalles que ignoramos; pero la argumentación es, en sí misma, significativa porque pretende descansar en principios, y estos principios revelan una opción. Ahora bien, esa opción no es sólo problemática, sino aun opuesta a la que sacerdotes y obispos uruguayos han tomado en otras diócesis.

Precisamente creer en los sacramentos ha llevado, en otros lugares, a ser críticos con respecto a su distribución indiscriminada. Es sintomático que también en este punto la acusación sea coherente con una línea general que alude a un sistema pastoral típico negado —no sabemos con qué prudencia y dentro de qué límites— en nombre de otro sistema, adoptado en otras diócesis uruguayas como más coherente con el Concilio y con Medellín.

## POLITICA V. POLITICA

Una de las acusaciones más serias y profundas de la carta consiste en que "muchos se quejan de que la predicación y la orientación que se les da no les ayuda en su vida cristiana (no predicán las exigencias del Evangelio sino aplicaciones personales socio-políticas)". Tres interrogaciones surgen ante esta acusación aceptada por la carta (ya que forma parte de la argumentación "contra la santidad").

La primera es si pueden contraponerse exigencias evangélicas y aplicaciones a acontecimiento históricos, y, especialmente a aquel nivel de los acontecimientos donde, según la enseñanza de la Iglesia, se juega de una manera más radical y universal el destino y la salvación de los hombres. La negación de la licitud de tales aplicaciones y el llamado a las exigencias puras del Evangelio es típica de una mentalidad religiosa determinada. Más aún, quejas semejantes aparecen cotidianamente en la gran prensa que, luego de ser notoriamente anticie-

(4) Cf. Roberto Viola, "El duro legado de los que parten", PERSPECTIVAS, n. 17-18, setiembre-octubre 1967, págs. 184 ss.

(5) Cf. Juan Luis Segundo, "Ritmos de cambio y pastoral de conjunto", PERSPECTIVAS, n. 35, julio 1969, págs. 131 ss.

rical, muestra un interés nuevo por la Iglesia, en íntima y coherente relación con la situación socio-política del país. Las "exigencias del Evangelio", en ese contexto, están siendo opuestas, día tras día, a "aplicaciones" que denuncian las esclavitudes sociales del hombre. No pretendemos encasillar en tan mala compañía a los autores de la carta; pero hubiéramos esperado de ellos mayor sensibilidad en lo que respecta al uso de argumentos cargados de otras "aplicaciones".

La segunda interrogación es si esa aplicación que necesariamente tiene el Evangelio al campo de lo socio-político no tiene que ser *personal*. ¿A qué se opondría esa característica? ¿A una aplicación venida directamente de la Jerarquía? <sup>(6)</sup> Las aplicaciones, por lo mismo que lo son, no pueden ser definidas dogmáticamente (GS. 91) ni deben los laicos procurarlas de la Jerarquía (GS. 43). Pero ello no quiere decir que el sacerdote se desentienda de ellas, aunque en su última concreción sean del dominio del laico (pero no del laico individual, sino del laico miembro de la comunidad eclesial). Si el sacerdote no forma a la comunidad para esas "aplicaciones" no está ejerciendo su verdadera función, y los laicos más comprometidos en sentido cristiano son muy capaces de juzgar de ello.

La tercera pregunta, y la más decisiva, es si la discrepancia más profunda no estará aquí en las diversas líneas de aplicaciones, *igualmente personales*, al contexto socio-político.

Pero, ¿cómo verificarlo, justamente? Dos elementos, y hasta cierto punto contradictorios, nos brinda la carta.

Uno es la imagen del pueblo de San José "cada vez más confundido y disperso". El segundo es la significativa y reiterada apelación a "todos los bautizados" para mostrar la unanimidad —no confundida ni dispersa— con que la comunidad maragata rechazaría a los susodichos sacerdotes.

Pocos contactos con la población de la ciudad de San José bastan para comprobar que, lejos de padecer confusión y dispersión, allí,

como en todo el Uruguay, se ha producido una inequívoca radicalización de posiciones. En torno a la situación socio-política del país primero, y en torno a lo que la Iglesia tiene o no que decir con respecto a ella, segundo.

En ese contexto es significativa la alusión, puesta en boca de los sacerdotes aludidos, a "prácticamente la mayoría de los maragatos, católicos o no..." ¿Qué es lo que constituye entonces esa mayoría y esa minoría, siempre latentes pero nunca explicitadas en la carta? ¿Y, sobre todo, cuando la mayoría comprende a no católicos? <sup>(7)</sup>

El cuadro de nuestra realidad religiosa y social es suficientemente elocuente. Y, una vez más, la argumentación nos toca a todos. A unos por ser cristianos y a otros, simplemente, por ser uruguayos. Si en nombre de la promoción de los laicos —sistemáticamente identificados en la carta con *los bautizados*— se espera de una mera votación determinar cuál debe ser la aplicación *no personal* de las exigencias del Evangelio al campo donde católicos y no católicos tienen sus opciones, ¿puede esperarse otra cosa que la adhesión al status quo? ¿Pudieron alguna vez los profetas enviados por Dios apelar a las mayorías cuando se trataba de transmitirles exigencias mucho más altas de la parte de Dios? Y lo que ellos no pudieron, ¿podría hacerlo ahora una Iglesia que tiene una función similar? <sup>(8)</sup>.

## CONCLUSIONES

Por última vez, repetimos que no estamos en condiciones de juzgar en causa ajena. Si los cargos hechos a ese grupo de sacerdotes los descalifican, constituye una verdadera lástima que la argumentación se haya revestido de una

(6) Cf. Ricardo Cetrulo, "Cómo se va a leer la Pastoral". PERSPECTIVAS, n. 20, diciembre 1967, págs. 256 ss.

(7) Cf. Darío Ubilla, "Democracia", ¿estadística o conciencia?". PERSPECTIVAS, n. 25, julio 1968, págs. 133 ss.

(8) Alertamos a nuestros lectores sobre una posible generalización de esta apelación a plebiscito "democrático" de los "bautizados" para dirimir líneas de pastoral y profecía socio-político. Es sintomático que en el folleto que acaba de ser editado por laicos de Las Piedras (yrecensado en otra sección de este mismo número) se acuse —no sabemos si con justicia o no— al Sr. Obispo de que "dice que la Iglesia no es una democracia, pero hace cuestión de números y mayorías".

significación que, a nuestros ojos, la descalifica aún más.

Objetivamente los argumentos esgrimidos nos obligan a preguntarnos: inadaptación ¿a qué?

Si se trata de la imposibilidad de trabajar en grupo, es decir, de inadaptación psicológica, no vale recurrir a nacionalidad, incardinación, etc., sin cuestionar sincera e igualmente a uruguayos y extranjeros.

Si se trata de excentricidades e imprudencias pastorales, no había que argumentar con principios que apuntan a una línea coherente de pastoral, adoptada en otras diócesis por pastorales de conjunto que entienden ser con ello más fieles al Concilio y a las declaraciones de Medellín.

Y, finalmente, si se trata de aplicaciones particulares del Evangelio a lo socio-político, había que haber analizado cuáles eran concretamente dichas aplicaciones, llevar a la discusión lo que piensan los grupos de laicos aludidos

en la carta, y luego mostrar que ello no surge del Evangelio y del análisis de la situación uruguaya y latinoamericana, conjugados.

Como esto no se hace, no podemos menos de preguntarnos —con temor de ser injustos para los autores o firmantes de la carta— si no estaremos reproduciendo a la inversa la célebre página de nuestra historia, cuando los españoles, basados en el orden social entonces existente, dijeron a los franciscanos “uruguayos” de Montevideo: “¡váyanse con sus amigos, los matreros!”<sup>(9)</sup> ¿No seremos hoy en día los uruguayos, tributarios de nuestra sociedad establecida, los que expulsamos por inadaptados, es decir por *matreros*, a los que representan para el pueblo uruguayo de San José el signo de la desconformidad?

---

(9) Vale la pena releer hoy con la perspectiva del tiempo, el relato, hecho por los mismos franciscanos, de su expulsión. Cf. Setembrino Pereda, *Artigas. 1784-1850. El Siglo Ilustrado*. Montevideo, 1930, págs. 264 ss.

## PERSPECTIVAS DE DIALOGO

P.D. La crisis de San José está claramente planteada sin que aún se haya llegado a una solución. Así lo confirma el comunicado del Presbiterio de San José: “El Presbiterio de la Diócesis de San José, en reunión del 22 del corriente, después de un cambio de ideas, resolvió reunirse los días 29 y 30 del mes en curso en el Hogar Juan XXIII para orar y reflexionar sobre los problemas sacerdotales en la pastoral diocesana. Se ruega a los católicos acompañar con sus oraciones el encuentro sacerdotal proyectado para lograr los fines que se persiguen. San José, abril 22 de 1970”.

### SEMINARIO DE LOS C.C.C.

**TEMA:** Cómo leer “hoy y aquí” los Evangelios.

**FECHA:** 9, 10, 16, 17 y 18 de mayo.

**LOCAL:** HH. Domínicas. Rivera 2257.

**HORARIO:** Sábados (9 y 16) de 16 a 20 horas.

Domingos (10 y 17) y lunes 18, de 9 a 12 y de 15 a 20 horas.

**INSCRIPCION:** Librería América Latina del 4 al 7 de mayo.

**N.B. Número de participantes:** 50.

# CREDO

## Creo en Dios

- que creó el universo, pero no como algo terminado como si tuviera que permanecer siempre lo que ya es.
- en Dios que no gobierna por leyes eternas inmutablemente válidas, ni por un orden natural de pobres y ricos, instruídos e ignorantes, dominadores e indefensos.
- en Dios que desea los conflictos de todo lo vivo y la transformación de todas las condiciones a través de nuestro trabajo y de nuestra acción política.

## Creo en Jesucristo

- que siendo "un hombre sólo que no podía realizar nada" como nos sentimos nosotros luchó no obstante para que todo cambiase y fue por eso mismo ejecutado.
- que es el criterio para verificar cuán esclerosada está nuestra inteligencia, cuán sofocada nuestra fantasía, cuán desorientado nuestro esfuerzo, porque no vivimos como él vivió.
- que nos hace temer cada día el que su muerte haya sido en vano cuando lo enterramos en nuestras iglesias, cuando traicionamos su revolución medrosos y obedientes ante los poderosos.
- que resucita dentro de nuestras vidas para que nos liberemos de prejuicios y prepotencias, de miedo y odio, y llevemos adelante su revolución en dirección a su Reino.

**Creo en el Espíritu  
que con Jesús penetró en el mundo.**

**Creo en la comunión de todos los pueblos  
y en nuestra responsabilidad  
sobre todo lo que ocurra en nuestra tierra  
para convertirla en valle de sufrimientos, hambre y violencia  
o en la ciudad de Dios.**

**Creo en la justa paz  
que es realizable.**

**Creo en la posibilidad de una vida con sentido  
para todos los hombres,  
y en el futuro de este mundo de Dios.**

**Amén.**

*Este credo, cuya autora es Dorothee Sölle (teóloga protestante, que ha escrito diversos libros, entre los cuales se destaca su obra cristológica "Stellvertretung" ya en su 5ª edición), se recita con frecuencia en reuniones de estudiantes en Alemania. Responde a la necesidad de expresar en una fórmula breve, no académica y alusiva a la historia, lo esencial de nuestra fe.*

*K. Rahner, además de insertar este credo en la revista que dirige "Internationale Dialog Zeitschrift" (2, 1969, p. 189) reconoce en él un sentido "programático" (Cfr. Diakonia, 1970, Nº 1, p. 5).*

---

(Viene de la pág. 70)

tino. Dijo que escogió El Salvador, por encontrarse aquí el Superior General de los jesuitas para Centro América y Panamá.

El Padre Medrano, español de nacimiento, trabaja en Panamá desde 1950, cuando todavía estaba en su período de formación jesuítica. Se nacionalizó panameño en 1960.

El pueblo panameño ha recibido el extrañamiento del sacerdote con indignación, y muchos —según dijo al arzobispo de Panamá, Mons. McGrath, en una intervención televisada el 8 de los corrientes— "han pedido una toma de posición de parte de la Iglesia, y han prometido su apo-

yo a la misma".

En la transmisión televisada Mons. McGrath, informó al pueblo de lo ocurrido y de los pasos que se han dado. Manifestó su aprecio por el Padre Medrano, y dijo que la Iglesia no está comprometida con ningún partido político.

Mons. McGrath criticó la forma como fue arrestado el P. Medrano, sin orden de detención, sin saber de qué se le acusa y sin posibilidad de defensa. Sin embargo, afirmó que "si se llegara a comprobar su culpabilidad habría que aceptar las consecuencias".

---

(Viene de la pág. 72)

no se tiene y cada vez se tendrá menos frente a poder constituido. Prácticamente se ha olvidado la situación "pluralista" (quizá en algunos países de América Latina esta realidad pluralista permanece aún camuflada), así como la mayoría "conservadora" de los cristianos latinoamericanos (como se afirma en el análisis de las premisas).

Al leer las conclusiones se tiene la tentación de pensar que ellas encuadran en

el marco de una situación de cristiandad de la cual está lejos la Iglesia de este continente, debido al proceso histórico como a su voluntad explícita

Hubiéramos deseado "exigencias" y "recomendaciones" más modestas, más reales, profundas y factibles de acuerdo al panorama latinoamericano que se contorna en el análisis histórico que se realiza en la primera parte de este libro.

Pero este deseo no invalida para nada

el aporte positivo que hace el Seminario al ubicar con realismo el desafío que debe enfrentar la juventud y su responsabilidad en el contexto socio-político y cultural en que debe insertarse.

Debido a esto, este documento se convierte en un instrumento de trabajo indispensable para la reflexión de los grupos juveniles de América Latina.

**Andrés Assandri**

# UN PRETEXTO: LA UNIDAD

Ricardo Cetrulo

La publicación del documento "Templo clausurado por el pueblo de Dios" referente al conflicto que sacudió la diócesis de Canelones y que trascendió a la opinión pública el año pasado, constituye un hecho importante en la Iglesia uruguaya. Por el documento en sí, y por lo que el hecho mismo significaba, como ejemplo típico en la micro-Iglesia de lo que sucede en la macro-Iglesia en este tiempo decisivo del post-concilio.

El documento, cuya lectura completa recomendamos encarecidamente, impresiona por su madurez. Siendo expresión de una de las partes en conflicto, no se nota en él la agresividad de quien trata de desahogar rencores personales, sino el cuidado de restituir con fidelidad la realidad de los hechos (que no han sido negados, que separamos, por la otra parte), sin escamotear las acusaciones que hacían a los Padres Masnou y Moreno, ni los documentos que enjuiciaban la conducta de los laicos que los defendieron.

No se advierte tampoco la actitud revanchista de quien ha sido derrotado —los Padres Masnou y Moreno fueron finalmente removidos de la Párrquia San Antonio— y pretende enlodar al adversario victorioso. (Por lo demás, no se habla de "adversario" en ningún pasaje, sino de hermanos). Simplemente se trata de un minucioso relato del proceso que culminó en la remoción de los dos sacerdotes, cuyos pormenores —muy útiles para quienes sólo teníamos una información parcializada a través de la prensa— lejos de caer en lo simplemente anecdótico, están siempre referidos a una reflexión cristiana más amplia. Los mismos autores nos lo advierten desde el comienzo:

"La segunda finalidad es la de reflexionar sobre las implicancias de la trascendencia que, desde un punto de vista religioso, tienen estos hechos, y extraer consecuencias para aplicar en el futuro. Como que el problema material de la permanencia de nuestros sacerdotes ya está de-

finido, es menester buscar de alguna manera la reflexión de todos los católicos de buena fe, a fin de lograr que LO QUE OCURRIÓ CON LOS SACERDOTES MORENO Y MASNOU Y CON LOS LAICOS DE SAN ANTONIO Y DE TODO CANELONES NO VUELVA A SUCEDER CON NINGUN OTRO SACERDOTE Y CON NINGUN OTRO SEGLAR". (Subrayado en el documento).

Digamos que esta finalidad no se cumple solamente en la parte III, —reflexión— sino todo a lo largo del relato.

No creemos, por tanto, ser infieles al espíritu de los redactores, si centramos nuestro comentario precisamente en lo que este caso particular tiene de típico con respecto a lo que viene sucediendo en la Iglesia de una manera más universal. En Las Piedras hubo fundamentalmente un conflicto y más allá de una toma de posición por una de las partes, interesa profundizar en los términos mismos del conflicto, tal como aparecen planteados en los documentos presentados por las partes, para deducir una estructura que se esboza en la Iglesia cada vez con mayor claridad.

Para ello tenemos que pasar por varios niveles de análisis: desde los motivos explícitos de la primera acusación a los dos sacerdotes de la parroquia de San Antonio, hasta la problemática teológica y política implicada en la confrontación entre grupos de laicos, o entre el obispo y uno de los grupos en cuestión.

Los hechos sobre los cuales se fundan las acusaciones a los Padres de San Antonio, son, para un observador exterior, relativamente simples, y nada excepcionales en la Iglesia actual. Se resumen en 5: abolición de los aranceles, trabajo manual de los sacerdotes, preparación de las homilias con la colaboración de los laicos, supresión de los responsos el día de difuntos, y eliminación de los pases para casamientos en otras parroquias. (Ver pp. 5 y 6 del documento). A primera vista parece difícil que estos cinco pun-



tos puedan fundamentar una "exigencia" ante el Sr. Obispo de "que los sacerdotes fueran expulsados del país y enviados a España" (p. 7).

En realidad, cuando leemos la formulación de las primeras denuncias ante el Sr. Obispo comprendemos lo que está en juego: "a) conducta bochornosa; b) predicación de la violencia; c) elogios a los autores de los hechos de Pando y de la General Motors(1); d) críticas al Colegio de Fátima; e) críticas a las madres que visten bien a sus hijos para ir al colegio; f) la gente no asiste a Misa (Cf. p. 7). Dejando de lado esas denuncias vagas pero que siempre dejan su mancha por lo imprecisas, o las que pueden ser caracterizadas de ridículas, las que realmente tienen su peso son las de carácter político. Lo que se enjuicia en los sacerdotes son sus actitudes políticas, deformadas o no por los denunciadores. De ahí que cuando en documentos ulteriores la denuncia adquiere un cariz teológico —se está actuando en contra de la unidad de la Iglesia, se está quebrantando el principio de autoridad esencial en la Iglesia— no deberá olvidarse que estas fórmulas no son sino racionalizaciones ideológicas de justificación de una posición política conservadora. Esto es cierto, **aun** cuando se use un lenguaje conciliar: "pueblo de Dios", "comunión eclesial", "cristianos adultos en la fe", "Iglesia nueva", etc.

El lenguaje conciliar no es una especie de pase mágico que transforma automáticamente al que lo usa. El libra la profundidad de su contenido solamente a quienes asumen la tarea fundamental que el Concilio entrega a cada cristiano: la de relacionarse con un mundo complejo en estado de crisis y ruptura para discernir la contribución del cristiano en la transformación de la sociedad.

Cuando esto acontece, es decir, cuando grupos de cristianos comienzan a realizar en cuanto cristianos, opciones sobre problemas de la sociedad, se produce la crisis intra-eclesial, que aunque es disfraz de fraseología teológica, no es otra cosa que la repercusión de la lucha ideológica de la sociedad global dentro de la Iglesia.

No es extraño que esa ruptura del consenso en una institución fuertemente jerárquica y dogmática se traduzca, casi universalmente, en un conflicto en torno a tres temas centrales; la autoridad y su ejercicio, la unidad de la Iglesia, y la valoración real (o puramente verbal) del laico en la Iglesia.

Es un hecho frecuente en la Iglesia actual, y la colección de documentos latinoamericanos de protesta son una prueba (1) que todo movimien-

to de protesta es catalogado con excesiva facilidad por la autoridad competente, como rebeldía.

Y no menos frecuente es la respuesta de estos grupos a esa acusación: lo que está en cuestión no es la autoridad sino sus formas de ejercicio. Así lo expresan los laicos de Las Piedras: "Lo que nosotros cuestionamos no es la existencia de la potestad en sí misma, sino su ejercicio concreto. Como un Obispo es un ser humano, y no anda por la calle con el Espíritu Santo en el bolsillo, es pasible de errores y de equivocaciones... Es imposible, se dijo en nuestra asamblea que el Obispo reúna en sí mismo todos los carismas de forma que sus actitudes hayan de ser inexorablemente fieles al Evangelio. Depende mucho de la forma en que se sepa asesorar, de los consejeros de que se rodee y del oído atento que preste a todas las voces, aun a las más humildes. Y por lo mismo que sus posiciones son inapelables, que tiene la suma de la decisión y del juicio, y que sólo responde ante Dios, es que tiene que poner en ellas la mayor suma humanamente posible de cuidado, el mayor esfuerzo de información, la menor dosis de prejuicio y de obstinación. Sobre todo porque esa potestad la ejerce, impuesta sólo por Cristo pero en orden al bien común de todos sus hermanos." (p. 20) (2)

Podríamos decir que la dificultad que experimenta la Jerarquía en redefinir el ejercicio de la autoridad en una horizontalidad de asesoramiento y participación de todos los que van a ser afectados por una decisión, sin que por eso se sienta amenazada la existencia de la autoridad misma, va unida en el momento actual de la Iglesia, a la negativa, no de palabra, sino en los hechos, de dar al laico su estatuto de miembro con pleno derecho en el Pueblo de Dios. Así lo entienden los cristianos de Las Piedras: "A través del episodio de San Antonio, hemos recogido la lamentable impresión de que esta revalorización de nuestra posición en el Pueblo de Dios no ha sido aun suficientemente absorbido o asimilada por el clero... Es decir, que para muchos miembros del clero, seguimos sien-

(1) Ver "Iglesia Latinoamericana ¿Protesta o Profecía?, Ed. Búsqueda, Bs. As. 1969.

(2) Obsérvese la similitud de contenido con este texto de un grupo de laicos de El Salvador: "Estamos convencidos que toda la Iglesia Católica debe vivir con intensidad el diálogo entre la Jerarquía, los sacerdotes y los laicos; hoy más que nunca los problemas de nuestra Iglesia no se pueden resolver con la imposición de autoridad, negando la posibilidad de crítica y discrepancia... Debemos buscar en la Iglesia un sistema de ejercicio de la autoridad, que respetando los fundamentos evangélicos, responda al proceso de maduración y democratización que vive el mundo católico. Nos vemos en la obligación de propugnar por una "debida participación general en la génesis de las decisiones de esa autoridad". (Op. cit. p. 264).

do una especie de "cristianos de segunda", receptores pasivos de las consignas que de lo alto de una parroquia o de un obispado nos deben llegar como lluvia. Nuestra intervención, pues, aceptada y aun promovida en la teoría de las estructuras, en los hechos reales sólo es tolerada en tanto no promueva preocupaciones o no signifique un motivo de tener que reflexionar a fondo sobre los cambios." (p. 21)

Podríamos intentar una explicación de este doble fenómeno —el ejercicio de la autoridad como imposición y el rechazo de una real participación de los laicos— desde un punto de vista psicológico, mostrando la amenaza que significa para los que detentan el poder en un grupo humano —y la Iglesia también lo es— la participación de las bases en el proceso de decisión. Pero podríamos ir más allá y señalar el aspecto ideológico de esta dificultad. Una Iglesia que se redefine en términos de **comunidad** supone un cambio muy profundo en la trama de relaciones entre todos sus miembros, incluida la autoridad. Sin embargo no tenemos experiencia de lo que pueden ser esas relaciones: la sociedad en que vivimos sólo nos permite pensar en relaciones alienadas marcadas por el signo de la dominación y dependencia. El teologizar sobre la comunidad sin llegar a la toma de conciencia del condicionamiento que las estructuras de la sociedad imponen sobre nuestras relaciones, inclu-

sive sobre nuestras relaciones intraeclesiales, no efectúa un cambio que vaya más allá del lenguaje, y origina situaciones como la de Las Piedras: el conflicto.

Pero que quede claro que la naturaleza de ese conflicto es política, por cuanto constituye el enfrentamiento de quienes comienzan a descubrir la tarea cristiana como transformadora de la sociedad (y esto posibilita la comunidad eclesial) y quienes se resisten a cuestionar el fondo de sus contenidos ideológicos.

Hablar entonces de unidad de la Iglesia es por lo menos ambiguo. Pedir a un grupo cristiano que acalle su protesta en nombre de la unidad de la Iglesia es por lo menos peligroso. No se puede, en nombre de un principio teológico negar la realidad sociológica de un conflicto que lejos de ser superficial llega a las raíces mismas de la orientación de la existencia actual de los hombres: aceptar una historia que nos invita a crear una sociedad nueva o enquistarse en las actuales estructuras de injusticia.

Los cristianos de Las Piedras nos han ayudado a verificar, una vez más, la importancia decisiva que adquiere para el cristiano de hoy la dimensión política. El documento que nos han entregado, marca, como dijimos al comienzo, un jalón muy importante en la marcha de la Iglesia uruguaya por el camino de su transformación.

## "Templo clausurado por el Pueblo de Dios"

En la imposibilidad de transcribir las 39 páginas de este documento redactado y emitido por la comunidad de laicos de la Parroquia de San Antonio (Las Piedras) con adhesión de hermanos de toda la Diócesis, presentamos a nuestros lectores el apartado tercero titulado REFLEXION.

24. El problema de la Parroquia de S. Antonio y de sus sacerdotes, PP. Moreno y Masnou, independientemente de su resolución particular y concreta, tiene una serie de connotaciones que resulta oportuno, en este momento meditar y generalizar.

### I. La unidad de la Iglesia. La autoridad y la jerarquía.

En un artículo aparecido en BP (6/12/69), bajo el título "A un siglo del Vaticano I", el Obispo Auxiliar de Montevideo, Padre Andrés Rubio, hace una serie de reflexiones que, si puede ser exagerado suponer que se fundan exclusivamente en nuestro problema, es lógico sin embargo pensar que hallen alguna base en su preocupación por nuestra actitud y su posible repetición.

Su afirmación fundamental es: "Sólo quien construye la unidad en la Iglesia está con Cristo; *quien la divide*, aunque fuera movido por inquietantes preocupaciones pastorales, *niega a Cristo y se pone a sí mismo fuera de la eclesia*, de la comunión". En apoyo de esta po-

sición, cita al Papa en su alocución del 12 de noviembre: "La autoridad de la Iglesia es para el servicio de los hermanos, pero no depende de ellos; es decir, que el fin de la autoridad es el bien de los demás, no que los demás constituyan la fuente de la autoridad misma. La Iglesia en el ejercicio de la autoridad, usando un término moderno, es democrática en el fin, en su razón de ser, pero no en su origen, puesto que el poder no lo recibe de la así llamada "base" sino de Cristo de Dios, ante el cual es únicamente responsable. Esta concepción comporta otra importante precisión, y es que la potestad de la Iglesia no puede asumir las formas históricamente variables que dicha potestad asume en el gobierno de la sociedad civil, como sucede cuando el que preside la sociedad tiene únicamente la misión de legalizar lo que la comunidad ha elaborado y decretado; la *potestad* en la Iglesia *conserva la libertad* y la *iniciativa* que el Señor ha encomendado a los Apóstoles,

a la Jerarquía, y no sólo para garantizar el orden exterior, sino para el bien de cada uno de los fieles y de toda la comunidad".

Vale la pena tan extensa cita, porque nuestro caso comprende, junto con otros elementos de fondo, una implícita revisión de cómo se han de *interpretar* y *aplicar en los hechos* reales los principios de la unidad y de la jerarquía, principios que en sí mismos y como formulaciones generales y teóricas, nadie ha puesto en tela de juicio.

La preocupación de Mons. Rubio por subrayar el principio de la unidad bajo la jerarquía, coincide con la de muchos sacerdotes que han actuado u opinado en nuestro problema concreto, y desde luego, con la posición de Mons. Nutti, quien sostuvo públicamente que la Iglesia no es una institución democrática y así hay que tomarla o dejarla; incidentalmente, durante la misma reunión, calificó la oportunidad de su diálogo con nosotros, como de un "regalo" (sic) que haría la Jerarquía.

Resulta claro, pues, que predomina en la Jerarquía una errónea interpretación de nuestras actitudes, que no estaban encaminadas a cuestionar los principios en sí, sino su *aplicación* concreta. Nos señalan un poco paternalmente pero con indisimulada impaciencia, que estamos olvidando ciertos principios generales cuyo cuestionamiento nos colocaría fuera de la eclesia.

La confusión es fruto de un hábito muy viejo dentro de la Iglesia, el de rotular actitudes sin antes conocerlas a fondo; el temor, muchas veces obsesivo, a la discusión pública de los problemas, lleva a muchos jerarcas a la actitud de emitir algún disimulado "úrase" sin antes informarse exhaustivamente de las cosas. El propio Mons. Rubio se apresuró a opinar públicamente (en "De Frente") sobre nuestro problema sin conocer de la Misa la mitad, contrariando su habitual cautela.

Partimos de que efectivamente, la autoridad del Obispo no nace de las bases, sino que proviene de arriba, de Dios mismo. No "emana de nosotros". Por consiguiente, el Obispo no responde ante nosotros, sino ante Dios. Y a él le corresponde la facultad única de juzgar actitudes (no intenciones); y pronunciarse sobre su legitimidad. Pero, como el Papa recuerda, la autoridad de la Iglesia es para el servicio de los hermanos; y su fin es el bien de los demás; la Iglesia es democrática en su fin y en su razón de ser, aunque no en su origen. Es bueno recordar estas dos cosas, porque generalmente cuando hay una aparente contradicción entre dos términos, se tiende a enfatizar uno de ellos y a dejar de lado el otro, lo cual en este caso es un error lógico.

Si Dios instauró la "potestad", o sea, más claramente, la jerarquía, y no la puso en manos de las bases, sino de los apóstoles, lo hizo como una fórmula de *ejercicio* de esa potestad, para posibilitar una correcta administración del poder y no como presupuesto intrínseco. Pero también lo hizo para el servicio de los hermanos, para el bien común, es decir, que su finalidad es la de servir a todo el pueblo de Dios, y no obviamente la de

servirse a sí mismo.

Lo que nosotros cuestionamos pues, no es la existencia de la potestad en sí misma, sino su ejercicio concreto. Como un Obispo es un ser humano, y no anda por la calle con el Espíritu Santo en el bolsillo, es pasible de errores y de equivocaciones como cualquier hijo de vecino. Es imposible, se dijo en nuestra asamblea, que el Obispo reúna en sí mismo todos los carismas, de forma que sus actitudes hayan de ser inexorablemente fieles al Evangelio. Depende mucho de la forma en que se sepa asesorar, de los consejeros de que se rodee, y del oído atento que preste a *todas* las voces, aun a las más humildes. Y por lo mismo que sus posiciones son inapelables, que tiene la suma de la decisión y del juicio, y que sólo responde ante Dios, es que tiene que poner en ellas la mayor suma humanamente posible de cuidado, el mayor esfuerzo de información, la menor dosis de prejuicio y de obstinación. Sobre todo porque esa potestad la ejerce, impuesto sólo por Cristo pero en orden al bien común de todos sus hermanos.

Cuando el Obispo resuelve sobre un problema tan delicado como el presente, en el que incluso están en juego la fe y la conversión de muchos hombres, y la propia eficacia y razón de ser de un sacerdocio lo menos que se puede reclamar es una actitud carente de preconcepciones, una actitud abierta, auténticamente paternal (no paternalista) de oído atento y corazón humilde. Si no actúa de ese modo, puede exigir que su potestad no sea cuestionada, pero no puede pretender que una protesta humana e inspirada en el bien de todos, se acalle sin más.

En cuanto a la unidad, se ha de poner el mayor cuidado en cómo regular en los hechos concretos la aplicación del principio. La unidad admite la diversidad, *pide* la diversidad para la riqueza. De lo contrario, puede transformarse imperceptiblemente en una uniformidad tolerada pero no consentida; en una estrechez y falta de flexibilidad que rechaza toda posibilidad de enriquecimiento y de cambio. El Concilio Vaticano II, al fin y al cabo, no es más que el fin de un proceso de cambio que comenzó algún día, en un cuestionamiento; y ese cuestionamiento originario, también pudo haber sido reprochado de ataque a la unidad. Es la síntesis de un proceso dialéctico que comenzó con una tesis y una antítesis. Pero como la Iglesia ejerció su autoridad en orden al bien común, fue admitiendo el desarrollo de una corriente de cambios que desembocó en una unidad esplendorosa.

Y por último, aunque aceptáramos que el principio de la unidad puede resquebrajarse por el solo cuestionamiento de actitudes humanas en el ejercicio del poder jerárquico, hemos de analizar si esa ruptura de la unidad proviene necesariamente del que cuestiona un hecho que cree injusto, o del que lo comete. El motor inicial de una protesta es un hecho que se supone ajeno al bien común: ¿quién resquebraja la unidad: el que protesta o el que realiza el hecho cuestionado?

## II. El lugar del laico en el Pueblo de Dios.

25 La Constitución "Apostolicam actuositatem" se-

ñala (cap. I, N° 2): "En la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión. A los Apóstoles y a sus sucesores les confirió Cristo el encargo de enseñar, de santificar y de regir en su mismo nombre y autoridad. Mas los seglares, hechos partícipes del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen su cometido en la misión de todo el Pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo".

Queda clara pues, la unidad de misión, o sea, la identidad e igualdad de todos los hijos de Dios distinguidos sólo en cuanto al ejercicio de las distintas tareas, una de las cuales es el ejercicio de la autoridad, depositado en manos de los Apóstoles y sus sucesores los Obispos.

Este énfasis puesto en el pasado Concilio sobre el lugar del laico en el Pueblo de Dios, nos ratifica en la idea de que si bien los seglares no podemos asumir la autoridad, en cambio podemos legítimamente aspirar a *integrar el proceso creativo* de toda decisión de autoridad, no sólo porque somos de igual manera hijos del Señor, sino porque esas decisiones de la jerarquía recaen sobre nosotros, encauzan nuestra acción y son en algún modo responsables de nuestro propio esfuerzo de salvación.

A través del episodio de S. Antonio, sin embargo, hemos recogido la lamentable impresión de que esta revalorización de nuestra posición en el Pueblo de Dios no ha sido aún suficientemente absorbida o asimilada por el clero. Por dos formas, por negativa y por positiva, se ha manifestado esta realidad: ya por el rechazo frontal y absoluto ya por la sorpresa de algunos sacerdotes de que un grupo de laicos esté en condiciones de conversar de estas cosas y de articular en público dos oraciones más o menos fundamentadas sobre puntos que por otra parte, no están extraídos del misterio ni requieren ningún sesudo curso de Teología. Es decir que para muchos miembros del clero, seguimos siendo una especie de "cristianos de segunda", receptores pasivos de las consignas que de lo alto de una parroquia o de un obispado nos deben llegar como lluvia. Nuestra intervención, pues, aceptada y aun promovida en la teoría de las estructuras, en los hechos reales sólo es tolerada en tanto no promueva preocupaciones o no signifique un motivo de tener que reflexionar a fondo sobre los cambios.

Nosotros aceptamos que todo proceso de cambio sólo puede adentrarse profundamente a través del tiempo, sobre todo en personas formadas y preparadas bajo otras concepciones. Pero del Concilio acá ha corrido mucha agua debajo de los puentes, y hemos ahora todavía en presencia de una incompleta asimilación de textos y de consignas de las que se hace sin embargo mucha gala y ostentación en el texto de las declaraciones o en lo formal de las homilias.

Pero no sólo a los propios clérigos les puede caer esta reconversión, sino inclusive a nuestros compañeros laicos. Hemos comprobado que la fauna de los "laicos comprometidos" o promovidos, o como quiera llamar-seles, no sólo es aún pequeña, sino que produce en

otros seglares —aun a nivel de dirigentes, ni qué decirlo en la masa de los fieles—, la misma reacción ambigua y reticente o francamente adversa. Los sucesos de San Antonio han llegado indiscutiblemente como noticia a todo el mundo, pero junto a las lógicas adhesiones, hemos recogido de parte de muchos laicos, no sólo rechazos —que es al fin y al cabo tomar una posición—, sino fundamentalmente indiferencia o temor o prescindencia. Tanto los sacerdotes como los laicos temen la discusión abierta, el planteamiento público de los problemas; y so capa de evitar el escándalo, de preservar una unidad, o de no pronunciarse sobre algo que no conocen a fondo, toman por la cómoda tangente de la evasión o del virtuoso horror.

Nunca hemos conocido otra forma de resolver problemas, que la de discutirlos; otra forma de pronunciarse sobre los puntos de fricción, que la de informarse sobre ellos. Cuando la información está al alcance de todos, y cuando la discusión no se niega a nadie, resulta francamente sospechosa la prescindencia.

Glosando una parte de los Evangelios, decía el P. Massonou hace poco que las santas mujeres habían tenido la necesidad de introducirse en el sepulcro después del tercer día, para "hallar" la evidencia del Cristo resucitado; que por tanto, es menester quizás para el cristiano remover muchas podredumbres para encontrar la esencia misma de la resurrección. La resistencia de muchos hermanos a introducirse en los problemas actuales, podría interpretarse como un deseo más o menos expreso de no contaminarse, de conservar una posición aseada anti-séptica, absteniéndose de destapar los proverbiales tarros por temor al aroma que se pueda esparcir. Parece, en lo hondo a la actitud de quien prefiere la elegancia engañosa de los sepulcros blanqueados.

### III. *El aggiornamento de la Iglesia.*

26. Siempre que se plantea la posibilidad de cambio profundo en una estructura, se manifiestan los partidarios de una acción prudente y lenta, o de una lucha briosa y rápida. Cualquiera de las dos actitudes tiene sus ventajas y sus inconvenientes, y es muy difícil adelantarse a la historia y saber de antemano cuál de las dos vías será la más adecuada. Está, en el que la adopta, la responsabilidad por el fracaso resultante de una mala opción. Sabemos que siempre que se formulan planteos a fondo, se corre el riesgo de una división y de una lucha; pero, si bien el mensaje evangélico es de unidad y paz, también es de justicia; y pensamos que, dadas las circunstancias de que parezca a nuestros ojos inevitable optar entre la paz y la justicia, nos inclinamos por ésta, que, en última instancia, es condición indispensable para que se consagre aquella.

Por lo demás, no hay que confundir paz con coexistencia pacífica; nosotros, los católicos, no somos como los adeptos de las grandes potencias políticas internacionales, que mantienen un precario equilibrio basado más que nada en un mutuo temor; nosotros tenemos la pretensión, e incluso podemos formular la exigencia, de que los planteos de cambio se realicen y se discutan con sentido de caridad y fraternidad; es interesante trans-

cribir un comentario periodístico ("Marcha", 28/11/69) de Héctor Borral: "La iglesia no es tregua de choques de afuera, sino que tiene que resolver en sí misma esos choques, planteándose los resueltamente, buscando una salida liberadora y no una hipócrita coexistencia pacífica".

Cuando se alega falta de preparación para aplicar las nuevas normas y sobre todo las nuevas concepciones; cuando se presume falta de condiciones intelectuales para captar los cambios y aceptarlos; cuando se habla de apresuramiento, de errores pedagógicos y de inmadurez, es inevitable plantearse el eterno problema: es que las reformas han de aplicarse sólo y en cuanto estén dadas las condiciones, o han de crearse esas condiciones a través de una aplicación reflexiva pero no postergada de las nuevas estructuras. ¿Quién puede erigirse en árbitro y dictaminar sin temor que unas condiciones no están de alguna manera dadas? ¿No es ésa una forma inconciente de demorar los cambios y mantenerlos a nivel de la manifestación teórica y literaria? Y en otro sentido, acaso la Iglesia, oficialmente, no ha introducido ciertos cambios, fundamentalmente los litúrgicos, antes de que su necesidad hubiera sido captada por, no digamos la totalidad, sino por una mayoría de la feligresía? ¿No notamos diariamente que el sentido de muchos cambios sólo lo apreciamos debidamente a través de su aplicación correcta? ¿Y qué es peor: adelantarse en la concreción de los cambios, a riesgo de escandalizar ciertas mentes esclerosadas, o rebelarse abiertamente a cambios consagrados y ordenados por la Iglesia y por la propia jerarquía local?

Ahora bien: frecuentemente hemos empleado en estas páginas, los términos "pre" o "post conciliar", aunque siempre anotando que lo hacíamos por comodidad de recurso, para ubicarnos en una definición clara de una posición muy compleja. Ante esto, y aún en casos concretos y reales, se nos ha objetado: cuál es la medida del *aggiornamento*? Qué factor definitivo, qué termómetro, que receta existe, para determinar si una persona o movimiento se halla adelantada o no, si está "viviendo" el Concilio o si está realmente situado antes que él?

El recurso que encierra esta contra-pregunta es típicamente polémico, y sólo sirve para cortar el discurrir de algún distraído. La definición del *aggiornamento* es muy compleja, pero muy clara; quien ha leído y estudiado en serio y con profundidad los textos del Concilio y las declaraciones de Medellín, y supuesto que conoce además el pasado de la Iglesia, (que no es tan pretérito pues sigue muy vigente) y su realidad puede hacerse una idea muy concreta de lo que significan estos cambios por los cuales pugna un sector de nuestra comunidad religiosa. Cambios revolucionarios, que afectan al hombre de arriba a abajo, y por ende, a la comunidad, pues no puede concebirse en el momento actual un cristianismo individualista y un plan de salvación personal. Para una autoridad eclesiástica, para un estudioso de las cosas de la Iglesia, para una persona que se haya enterado a fondo de estos eventos

fundamentales de la historia del Pueblo de Dios, o sea, para quien no haya leído superficialmente los textos, sino que se haya "metido" en ellos, no hay necesidad de una definición, y menos si se la exige en pocas palabras.

No aceptaríamos, pues, ese recurso puramente polémico; no lo aceptaríamos porque es una tentativa paralizante, un método de discusión de dudosa legitimidad. Las definiciones están dadas, y eso sin contar con los desarrollos que se les ha de dar en el futuro y con las adecuaciones a la realidad que tales definiciones exigen. Mientras tanto, si no es tan fácil definirlo en la teoría, resulta en cambio bastante sencillo verificarlo en la práctica. Nosotros, sin pretender una actitud de árbitros, sin creernos en la posesión del "termómetro", sin suponernos poseedores de una verdad absoluta, nos manejamos con el material con que se maneja todo el mundo, y sacamos nuestras conclusiones. Puede ocurrir que muchos estén en el fondo de acuerdo, pero por distintas razones nos quieran exigir pruebas de nuestras afirmaciones. Lamentaremos dejarlos a media cortespendencia: creemos que no es una actitud seria y profundamente honesta.

#### IV. *Proyecciones pastorales de la actitud episcopal*

27. Durante el desarrollo de nuestro trabajo, nos referiremos varias veces a este tema, pero conviene dejarlo puntualizado. No faltan, ni en los Evangelios, ni en los estudios teológicos, ni en la propia sabiduría popular, sentencias que recogen un elemental principio psicológico: los hechos concretos de cada individuo sirven para calificar su estatura moral y sus tendencias ideológicas. Aún cuando admitimos que los hechos individuales están condicionados por toda una circunstancia social, sirven para determinar, por lo menos, la forma cómo el individuo se enfrenta a las condicionantes colectivas lo desea y está capacitado para ello, o sucumbe a las mismas si no es lo suficientemente enérgico, o aún, se aviene gustoso a admitirlas y sumarse a la masa.

Dijimos varias veces que la resolución concreta que el Obispo tomó en este problema, tiene un alcance denotativo de sus tendencias ideológicas y de su línea pastoral. Constituye una verdadera OPCION entre dos líneas no concurrentes, que, muy esquemáticamente consideradas, y aún a riesgo de una relativa impresión, pueden calificarse como las de la Iglesia *pre* y *post conciliar*. De nada vale que un jerarca eclesiástico alegue su afán de renovación y su adhesión a las líneas del último Concilio, si en sus hechos desmiente o borra sus dichos. En nuestro caso particular, se advierte claramente que el Obispo, a pesar de decirse partidario del *aggiornamento*, procede con particular energía y convicción en contra de aquellos sacerdotes que se hallan más adelantados y que sirven mejor a las tendencias post conciliares en su vida y en su misión. ¿Cómo explicar la comprensión y la prudencia que, por un lado, gasta el Obispo en admitir o tolerar la conducta de sacerdotes que se apegan aún a viejas ideologías y a normas ya caducas, y, por otro lado, la escasísima consideración y aún la verdadera saña que descarga contra

los sacerdotes más adelantados? Si descartamos, —como se vio, por invocación de declaraciones concretas y ciertas del Obispo—, la posibilidad de que existieran circunstancias de orden personal que pesaban contra los dos sacerdotes, veremos que no existe otra explicación que la de una antinomia entre lo que el jerarca dice o afirma, y lo que en la práctica realiza en los casos más claros. Es decir: o el Obispo no dice la verdad cuando niega razones personales o inherentes a las condiciones individuales de los sacerdotes, o bien es necesario concluir que todas sus afirmaciones acerca de sus propósitos de ajustarse a las renovaciones decretadas por el Concilio y ratificadas en Medellín, no son más que apariencias o galas que pretende introducir en su labor, porque “quedan bien”, porque es lo que todo mundo hace o porque resultan inevitables desde el punto de vista lógico—, pero sin tener la necesaria energía o capacidad como para llevarlas a cabo frente a la hostilidad del medio, o simplemente, porque en el fondo no está convencido ni quiere realmente comprometerse en estos cambios.

Por lo general, no ha quedado autoridad eclesiástica que en alguna oportunidad no haya manifestado su adhesión a las líneas conciliares; pero las actitudes concretas que esa adhesión supone, por ser comprometedoras y arduas frente a un ambiente general individualista y conservador, no siempre responden a las consignas o a los propósitos enunciados. El Obispo de Canelones publicó hace algún tiempo, una carta pastoral, que constituía una especie de síntesis bastante bien cocinada, de las principales líneas del Concilio. Su actuación real sin embargo, sólo ha discurrido por lo más externo y superficial de tales líneas, y ahora, cuando llegó el momento de jugarse por quienes querían llevar adelante la renovación en una forma más profunda y auténtica, no sólo no lo hizo, sino que empleó su influencia y su combatividad en contra de esos mismos sacerdotes. Es gráfica la definición de uno de los sacerdotes desplazados: “Hasta ahora, el Sr. Obispo ha tomado el partido de los conservadores, respetando a los renovadores; nosotros deseamos, simplemente, que tome nuestro partido respetando a los demás”. Llegó un momento, lamentablemente, que el Obispo, no sólo no realizó ese cambio, sino que ni siquiera respetó a los adelantados. ¿Podía, puede, en lógica y en conciencia, tenerse confianza en que el Obispo planteará una pastoral de conjunto adecuada, moderna, renovadora, —de la que hoy se carece—, cuando ni siquiera es capaz de defender, en lo personal, a los sacerdotes que mejor podrían llevar adelante esa pastoral? No hay razones suficientes para desconfiar de la posibilidad de cambio y pretender, más que nunca, que quienes tenemos una posición relativamente más avanzada, podamos intervenir activamente en la elaboración de esa pastoral? Y al mismo tiempo, podemos confiar, dadas las circunstancias, en que esa intervención será admitida? Cómo explica el Obispo el caso, que sería ridículo si no fuera triste, de que por un lado dice ser post conciliar y pretender aplicar las líneas del Vaticano II, y por otro, consigue alejar a los sacer-

dotes más entusiastas de esas líneas? Sería el absurdo de un jerarca que, para aplicar determinado método y determinada concepción, comienza por erradicar a algunos de los sacerdotes más aptos para ello.

Así planteado el problema, se puede ver con claridad hasta qué punto la solución del problema particular de San Antonio significaba una opción de carácter pastoral, o sea, hasta qué grado excedía el ya respetable carácter personal para asumir una proyección general de enorme importancia. Resulta muy evidente que nuestro Obispo, por una serie de causas, algunas analizadas, otras que quedarán de cargo del lector, mediante la decisión de alejar a los sacerdotes Masnou y Moreno de la parroquia de S. Antonio y de la Diócesis, ha expresado y adelantado las características de sus planes pastorales diocesanos, que serán lo que han sido hasta ahora: una rutina de muchos años de uso retocada aquí y allá con alguna estructura externa o alguna palabreja modernas de las que el Concilio puso de moda. Nada esencial, nada que pueda ofrecer garantías de ruptura de toda una granítica complexión formada por años y años de conformismo, de mediocridad, de inercia. Nada que nos pueda ofrecer siquiera un atisbo de una Iglesia cristalina, audaz, militante, operante, que realmente sirva al plan de salvación inspirado por Dios y a las urgencias de un mundo material lleno de llamados y de necesidades, de un mundo que necesita cada día con más urgencia la palabra pero sobre todo la acción de una Iglesia que demande justicia y que procure liberación.

#### V. Panorama.

28. Es evidente que, a través de este documento, se ha generalizado la denuncia de vicios dentro de nuestras estructuras eclesásticas. Honestamente, debemos reconocer que, a Dios gracias, existen en la Iglesia numerosos elementos, personales o comunitarios, que brindan otra imagen, muy distinta y muy positiva. Pero, también resulta lamentablemente cierto que los elementos negativos a que nos hemos referido no son patrimonio exclusivo de nuestra Diócesis, pues en todos lados se cuecen las proverbiales habas.

Ante esa comprobación, sería materialmente imposible hacer la lista de las excepciones. Entendemos que el predominio de estructuras y mentalidades no puestas al día, priva a la Iglesia de desempeñar a todo nivel el papel que Dios le ha asignado en la Creación.

Pero, a efectos de deslindar y de no incurrir en injusticias por falsa generalización, es que concluimos *dedicando* este documento a todos aquellos hermanos en la fe, que tienen nuestras mismas inquietudes, que no han de tener que ponerse este sayo, y que, con sus virtudes y defectos, tal como nosotros, sufren diariamente la existencia de tantas contradicciones en el seno de nuestra Iglesia.

A ellos sincera y fraternalmente, nuestro saludo. Y a quienes no participan de esta línea, pero proceden con rectitud y honradez, la seguridad de nuestro anhelo de encontrarnos un día en el mismo lugar de combate.

Las Piedras, febrero de 1970.

## EN PAISES QUE SE LLAMAN EL TERCER MUNDO SE SE MUERE LITERALMENTE DE HAMBRE

Caracas (NA) — "Esos países que se llaman el Tercer Mundo empobrecen cada día, más porque su industria es víctima del capitalismo internacional", dice Gerard Huygue, Obispo de Arrás, Francia, en un artículo titulado "Que hice con mi hermano", y publicado por **CLASC**, vocero de la Confederación Latinoamericana Sindical Cristiana.

"La gente que tiene hambre (el hambre que atenaza permanentemente el estómago) es infinitamente más numerosa que los que comen convenientemente", señala el prelado francés refiriéndose a los países subdesarrollados y especialmente a América Latina.

Agrega el Obispo de Arrás: "Ahí se muere literalmente de hambre; lo ví con mis propios ojos y jamás podré olvidarlo".

Dice también el religioso que las potencias que fabrican o venden armas (o aviones) se disputan los mercados de esos países que no logran alimentar a sus habitantes.

El artículo del obispo francés publicado por **CLASC** en su edición de febrero último es una condenación de la política belista de los países desarrollados, que empujaron a Biafra y Nigeria hacia una guerra fratricida.

"Pienso en todos los que murieron en Biafra para que el petróleo alimente los motores europeos o llene los bolsillos de los mercaderes de cañones. Pienso en los negros que quedarán marcados para siempre en su carne o en su corazón por una guerra financiada por los blancos", dice Mons. Huygue.

Se refiere luego a las víctimas de Vietnam y de la guerra latente en el Medio Oriente, así como "a los millones de refugiados que se pudren en los campamentos bajo la mordedura del invierno".

El obispo da cuenta de la venta de 100 aviones Mirage que recientemente hiciera Francia a Libia. Al respecto dice: "Conozco todos los argumentos con que se trata de apaciguar la conciencia. Ciertamente, si Francia no hubiese hecho eso, otro país hubiese ganado ese mercado. Verdaderamente la venta de armas es una fuente capital de divisas, y las necesitamos mucho para nuestro equilibrio financiero".

Y agrega: "ciertamente, nuestra industria bélica emplea a 280.000 obreros, y no se trata de quitarles el pan. Pero, ¿no se podría pensar en otro régimen económico en el que se pueda comer otra clase de pan?"

Mons. Huygue concluye manifestando que todo esto le remuerde la conciencia, pues "los Mirage no son aviones de placer, están hechos para matar".

## VEO LA CRITICA EN LA IGLESIA COMO UN SIGNO SALUDABLE, NO COMO ENFERMEDAD

Lima, Perú (NA) — "Ninguna Iglesia está organizada para el cambio", dijo el conocido teólogo de la Universidad de Harvard, Harvey Cox, en el curso de una entrevista concedida a CIC Noticias, boletín del Centro de Información Católica del Perú y publicada el 9 de marzo.

"Sin embargo —agregó— la Iglesia Católica tiene mayor capacidad para hacerlo porque posee mayor universalidad y una historia más larga, lo que le da mayor experiencia para enfrentar los cambios que se suceden en el mundo".

Harvey Cox llegó a Lima invitado por la Universidad Católica donde desarrolló el tema "La crisis teológica y la revolución cultural". De aquí viajó a Santiago de Chile invitado también para dictar conferencias de su especialidad.

Cox, quien es autor de la difundida obra "La Ciudad Secular", manifestó que la crisis teológica en que se debate la Iglesia abarca tres aspectos: En primer término apuntó la marcada influencia occidental en la teología. En segundo lugar indicó el hecho de que en algunos momentos la Iglesia se había identificado con los grupos de poder. En tercer término se refirió al proceso de toma de conciencia.

En cuanto a lo primero dijo: "Pienso que la teología está entretejida con la historia occidental. Esa predominante tendencia occidentalista quita universalidad a la Iglesia, produciendo un cristianismo más provincial. Si la Iglesia no tiene éxito en hacerse realmente una fe universal, creo que morirá. Por ello una tarea de los teólogos debe ser examinar la fe cristiana para ver cuáles elementos son verdaderamente cristianos y cuáles son occidentales".

Explicando el segundo aspecto Cox censuró el hecho de que en oportunidades el cristianismo hubiese santificado ciertas estructuras político-económicas. "Para mucha gente pobre —dijo— la Iglesia se les presenta como enemiga, ya que, a pesar de que la Biblia se muestra a favor de los pobres, muchas veces la Iglesia ha entrado en alianza con los ricos y poderosos. En este caso la teología tiene el deber de adoptar una posición crítica. Revisar la fuente que es el Evangelio y criticar su actuación de acuerdo a él. Sólo así se podrá criticar cuando se actúa erróneamente".

Refiriéndose a la toma de conciencia, Cox indicó que había una "Crisis de concientización". "Ahora sabemos que la doctrina cristiana no es fija ni eterna. Reconocemos que nuestra fe está cambiando. Todo ello nos exige asumir una responsabilidad consciente, lo cual es una crisis nue-

va en la Teología. La tentación principal es la de preservar la doctrina de cualquier cambio. Es como quererla momificar o embalsamar lo cual no hace sino matar el desarrollo y el espíritu de la Iglesia. Esta actitud preservativa es además contraria a la doctrina de la encarnación, según la cual Dios toma parte de este proceso de desarrollo".

A la pregunta de **CIC Noticias**: ¿tienen los teólogos libertad para ser verdaderamente críticos? Cox respondió: "Es uno de nuestros verdaderos problemas. Pero una institución que no permite la autocrítica y no la empuja va camino a su momificación. El cambio es básico, por eso sólo sobreviven los seres e instituciones que son capaces de adaptarse. Yo veo la crítica en la Iglesia como un signo saludable y no como enfermedad".

¿Hay suficiente autocrítica en la Iglesia?

—Está aumentado; pero todavía falta mucho. Se requiere la crítica de la gente que busca el florecimiento del cristianismo y no de los que pretenden su destrucción.

—¿Cómo hacerla dentro de las actuales estructuras de la iglesia?

—Tenemos que dejar de castigar y aislar a las personas que están haciendo esto. Debemos dar mayor entrenamiento a nuestro teólogos; particularmente a los estudiantes de Teología hay que capacitarlos también en las ciencias críticas y no aislarlos de los lugares donde surgen las preguntas más severas.

## **LOS CONFLICTOS ECLESIALES VIENEN DEL CAMBIO, DICE PRELADO ARGENTINO**

Santa Fe, Argentina, (NA) — Monseñor Vicente Zaspé, arzobispo de Santa Fe, y considerado como uno de los puntales de la línea progresista del Episcopado del país, acaba de publicar una pastoral con motivo de la ya iniciada Cuaresma.

El prelado afirma que la necesidad y urgencia de evangelizar el mundo de hoy, reclamado por el último Concilio, ha llevado a profundizar el misterio de la Iglesia, como pueblo de Dios, inmerso en los problemas y desafíos de la humanidad.

"Toda la Iglesia ha acusado el impacto: obispos, presbíteros, religiosos, religiosas, seglares, la catequesis, la liturgia, la teología, los seminarios, hasta los monasterios de contemplativos", dijo el Arzobispo.

Agregó que la mayor parte de los conflictos eclesiales son consecuencia de este intento de presencia en los cambios y transformaciones del día de hoy.

Refiriéndose a si el Evangelio realmente norma nuestra vida, Mons. Zaspé expresó: "Si en el ámbito general los criterios de acción son el poseer, disfrutar, consumir, escolar, medrar, lucrar, la comunidad no es cristiana y por lo tanto debe convertirse".

Luego añadió: "Si el dinero, el prestigio, el cálculo y los intereses son las motivaciones fundamentales de grupos, familias o individuos, éstos deben convertirse y hacer penitencia."

Ratificó ese concepto aplicándolo a la situación socio-económica: "Si las relaciones laborales, salarios, despidos,

fuentes de trabajo, son normadas principalmente por criterios técnicos de economía, deben convertirse todos los que apoyan, participan o fomentan esa concepción".

Asimismo, en un párrafo relacionado con la concepción sensualista de la vida actual, afirmó: "Si las relaciones del sexo son reguladas por criterios exclusivamente biológicos, fisiológicos o cinematográficos; si la pureza —aún la masculina— es ridiculizada, demolida y vergozante, quienes así piensan deben convertirse al cristianismo".

El Arzobispo se refirió también a la necesidad general de conversión. Dijo que todo cristiano que no crea en la necesidad de convertirse, se engaña. "El cristiano que asocia la idea de conversión exclusivamente a los pecadores notorios, no se conoce a sí mismo, ni conoce al Evangelio", sentenció.

## **SACERDOTE JESUITA EXPULSADO DE PANAMA; SE LE ACUSA DE "SUBVERSION"**

San Salvador, El Salvador (NA) — Se encuentra ya establecido en esta capital el Padre Luis Medrano, quien a principios de este mes fuera expulsado de Panamá acusado por el gobierno de ese país de cometer "acciones subversivas contra el Estado".

Al parecer el extrañamiento del sacerdote, perteneciente a la Compañía de Jesús, se debe a las severas críticas hechas por éste a la política del actual gobierno panameño a través de un programa radial que propalaba por **Radio Hogar**, emisora católica del cual era director.

Pero el mismo gobierno se encargó de desvirtuar tales aseveraciones al decir que se le acusa de "subversión" y de "ayudar a consolidar las guerrillas" en Panamá, así como de mantener conversaciones con partidos del derrocado presidente Arnulfo Arias. El P. Medrano rechaza estas imputaciones, y más aún expresa que él condenó y denunció la existencia de guerrillas comunistas.

El Padre Medrano relató su odisea a **Noticias Aliadas**. Dijo que en la noche del 3 de marzo, efectivos de la Guardia Nacional, vestidos de civil, irrumpieron en el local de **Radio Hogar**, procediendo a revisar y sacar algunos papeles del archivo, y sin darle explicación alguna lo subieron a un carro y emprendieron la marcha con rumbo desconocido.

Todo el camino estuvo el sacerdote con los ojos vendados, encontrándose luego en la Cárcel Modelo, junto a conocidos presos políticos de ese país.

Las autoridades eclesásticas no supieron del paradero del P. Medrano, hasta el día siguiente en que Mons. Marcos McGrath —quien se hallaba en esos momentos en Miami, de regreso de Alemania, apresurando su llegada al conocer la noticia— se entrevistó con el Jefe de la Guardia Nacional General Omar Torrijos, quien le reiteró los cargos imputados al sacerdote. A Mons. McGrath y al Padre Guardia, Superior de los Jesuitas panameños se les permitió visitar al padre Medrano en su celda.

El sacerdote dijo que en todo momento fue tratado con amabilidad y que con igual cortesía fue invitado a abandonar al país, concediéndosele escoger su lugar de des-

(pasa a la pág. 61)



**SALMOS.** Ernesto Cardenal. Cuadernos Latinoamericanos. — Editorial "Carlos Lohlé". — Buenos Aires 1969.

Se trata de encerrar en una breve nota lo que bien puede ser el desarrollo poético de temas cristianos alusivos a situaciones muy actuales, a encrucijadas muy duras para la conciencia, hoy. Habrá que circunscribirse a lo esencial e inventar un subtítulo que exprese su contenido y lo referente a un sector de nuestros lectores. Este subtítulo sale al paso: **un breviario para nuestro tiempo.** Ahora, cuando la lectura y meditación de la Biblia necesita confrontarse con el tiempo que pasa, con las opciones insoslayables frente a injusticias y pisoteos del hombre, la tarea de un poeta nuestro —hombre de esta América Latina— vuelve actual las imprecaciones de los viejos salmos, pero también sus gritos de esperanza. Ocurre, además, que este hombre es un presbítero católico que hoy lleva vida casi eremítica en las zonas selváticas de su tierra natal. Nativo de Nicaragua, luego de estudios de filosofía en la universidad de su pueblo y de un comienzo de actividad literaria, prosiguió sus estudios en la universidad de Columbia. Militó en la resistencia de su pueblo; luego alrededor de los años 56 o 57 se decide por la vida monástica en la Trapa de Gethsemaní. Para entonces tiene poco más de treinta años (nació en el 25) y su maestro de estudios y vida monacal será el célebre y recientemente desaparecido Thomas Merton. Su ingreso, su vuelta a la patria previa ordenación y su ocultamiento geográfico, no significó una evasión de la historia que nos toca vivir. Al contrario, como responsable cristiano (presbítero) se da vuelto signo para sus colegas. Señal de un compromiso que se puede entablar y proseguir desde la oración —entendida como conciencia y expresión significativa de fe y espera en lo que ha de venir— es además apoyo y compañía para quienes se han decidido por el Dios de los pobres que implica jugarse por los pueblos oprimidos. Esa es toda su poesía de la que hay un largo estudio en la revista *Casa de las Américas* nº 53.

Es curioso que ya en sus ensayos de crítica literaria del año 49 (sobre la poesía nicaragüense) este hombre joven se haga sensible a poetas coterráneos suyos: "heridos" como Lino Argüello, perceptivos de la sutileza del viento como Cortés que concluye en el olvido y la locura, o afirmadores de lo popular como Azarías Pallais o Coronel Urtecho. Estos aspectos que ligan el hombre a la tierra no están ausentes de la atención

de Cardenal. Los compañeros de quienes fraternalmente se ocupa, también han pasado por las alternativas de la soledad y el desencanto. Antes que nada por haber sido, por ser, poetas y captar así caminos recónditos hacia las últimas metas. Cuando habla, en ese ensayo, de Pablo Antonio Cuadra y lo considera el poeta del pueblo, el poeta de los desposeídos, de los errabundos y de los pobres (Nueva Poesía Nicaragüense — Madrid 1949 — Ensayo preliminar p. 76) descubre además en este poeta de la tierra una dimensión de búsqueda que se vuelve realidad de hallazgo: **ahora sabe que todos los caminos nicaragüenses llevan a Cristo** (idem ps. 75-6).

Tal vez en esto, como en su concepción franciscana del arte, que implica un despojo para encontrar al hombre, sitúe su propia poesía. No se quiere decir con esto que se de en él no sé que abstracción lejana y purista; lejos de ello, la vigorosa densidad de las cosas son su campo preferido. Ya desde su juventud, en poemas que no es del caso comentar ahora —como "Este poema lleva su nombre" y "La ciudad deshabitada"— la realidad turgente de la vida está allí en imagen de árbol y sobre todo de mujer, de muchacha como figura de la posesión de la tierra y, a la vez, como sentimiento de la ausencia de una y otra: esta tierra nuestra que siempre se nos escapa porque es rebelde y porque nos la roban. Ese tema de la vida va a seguir presente en los SALMOS, aunque adquiera sonoridades más litúrgicas.

Hablábamos de imprecaciones. Sin duda, la conciencia de Cardenal ha registrado con mucha hondura la situación de un mundo propagandeado, mentido y por lo tanto enajenado en el consumo fácil, en el egoísmo que separa al hombre del hombre y les vuelve enemigos:

No se ensoberbece Señor mi corazón  
Yo no quiero ser millonario  
ni ser el Líder  
ni ser Primer Ministro  
Ni aspiro a puestos públicos  
ni corro detrás de las condecoraciones  
yo no tengo propiedades ni libretas  
[de cheques  
y sin Seguros de Vida  
estoy seguro

No se trata de una ingenuidad desconocedora de lo político (Cardenal actuó y en cierta manera su poesía incide en la actividad de los que luchan por el gran cambio que nuestros pueblos esperan y buscan) sino que intenta marcar una liberación necesaria de todo lo que ciega al hombre tras la propaganda de

seguridad. Si bien, no es esto lo principal. Mucho más importante es romper con los aparatos que estructuran estas opresiones:

Yo no repito lo que dicen las radios de  
[los hombres  
ni su propaganda comercial  
ni su propaganda política  
Yo guardé tus palabras  
y no sus consignas  
Yo te invoco  
porque me has de escuchar  
Oh Dios  
oye mi palabra  
Tú que eres el defensor de los deportados  
y de los condenados en Consejos  
[de Guerra

Estos desarrollos, de los cuales importa sólo dar un índice, se refieren también a otros aspectos más personales que hoy padecemos. En una reivindicación del salmo 1 del Salterio, dice así:

Bienaventurado el hombre que no espía  
[a su hermano  
ni delata a su compañero de colegio

Todo lo que pudiera ser mera imprecación, se vuelve reconocimiento y entusiasmo, en los que pudiéramos llamar salmos de alabanza. En ellos está presente toda la modernidad auténtica de nuestro tiempo:

Bendice alma mía al Señor  
Señor Dios mío tú eres grande  
Estás vestido de energía atómica  
como de un manto

Lo que sigue de este salmo donde se canta la creación, introduce los descubrimientos científicos en la expresión poética. Para concluir luego componiendo una sinfonía donde la música se adueña de la oración para hacerla más viva. Es el salmo 150:

alabadle con blues y ázz  
y con orquestas sinfónicas  
con los espirituales de los negros  
y la 5ª de Beethoven  
con guitarras y marimbas  
alabadle con toca-discos  
y cintas magnetofónicas  
Todo lo que respira alabe al Señor  
toda célula viva  
Aleluya.

Decíamos al principio, un breviario, a pesar de lo breve de este tomito de setenta páginas. En realidad importa como tal, gracias a su fuerza sugerente, a su golpe directo, como la poesía primitiva, sobre lo cotidiano de la vida. Es posible que alguno, en búsquedas literarias formales, encuentre prosaísmos, pero lo que permanece es una inagotable referencia

a lo real. Si Merton influyó en Cardenal con su liturgia despertadora de inquietudes, este hermano nuestro nicaragüense interpretó en forma de oración los inesperados caminos que estamos viendo.

Dario Ubilla.

#### **CONCORDANCIA DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS**, por C. P. Denyer. Editorial CARIBE, Costa Rica.

Los estudiosos de las Sagradas Escrituras del mundo hispanohablante cuentan desde 1969 con un precioso auxiliar. La primera Concordancia en castellano de las Sagradas Escrituras completa y compilada con rigor científico acaba de aparecer. La Concordancia presenta dispuesta alfabéticamente todas las palabras contenidas en la revisión de 1960 de la versión de la Biblia hecha por Casiodoro de Reina y reelaborada por Cipriano de Valera. Sólo se han omitido las palabras cuya función es primordialmente gramatical y algunas otras menos importantes o frecuentes: artículos, pronombres, preposiciones, adverbios de lugar, comparación y tiempo.

Existe una edición breve de esta Concordancia desde hace años, pero aunque prestara utilidad, no era utilizable para trabajos bíblicos más completos.

Otras lenguas contaban ya desde hace mucho tiempo con Concordancias Bíblicas. La tardanza con que aparece esta Concordancia completa en el ámbito castellano, se explica en gran parte por la historia peculiar de las versiones bíblicas en nuestro idioma. Nunca hubo en castellano una versión vernácula universalmente difundida y aceptada, excepto dentro del campo protestante, donde la versión de Reina-Valera gozó siempre de privilegiada posición. Pero hasta la profunda y exigente revisión de 1960, esta versión circulaba en la edición de 1909 que cambiaba poco respecto de las ediciones de 1861, 1865, remontándose así el grueso de su material léxico al texto de Valera (1602) y de Reina (1569). Las versiones católicas no han tenido carácter popular hasta más tarde: Nácar-Colunga (1947) y Bover-Cantera (1947) y otras como la de Straubinger (en el Río de la Plata, 1948). Quizás la primera que se preste a una Concordancia útil es la que está en publicación a cargo de L. Alonso-Schökel que aunque como las de Nácar-Colunga y Bover-Cantera, representa una línea de lenguaje peninsular está siendo realizada con un cuidado especial para la homogeneidad de las equivalencias lingüísticas con el original.

Una compulsación de los pasajes bíblicos reunidos en varias voces de la Concordancia de Denyer, con el de los textos reunidos bajo la voz hebrea equivalente de la Concordancia hebrea de Mandelkern ofrece un resultado altamente satisfactorio. El cotejo muestra que es

posible realizar estudios bíblicos de rigor poco menos que científico usando la Concordancia de Denyer. Se imponen naturalmente ciertas cautelas derivadas de un hecho obvio: no puede existir equivalencia total entre los ámbitos significativos de los vocablos castellanos y el de las lenguas Bíblicas.

La Concordancia ofrece además una ventaja, y es que reúne en el mismo volumen y bajo una misma voz los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Concedido que no ofrezca garantías de estricto rigor científico para trabajos exegéticos de primera magnitud, ofrece extraordinarias posibilidades para trabajos de teología bíblica.

Si el entusiasmo bíblico surgido y acrecentado en los últimos años en campo católico supera la crisis de los primeros desencuentros, y si en vez de desanimarse por no hallar en la Biblia soluciones prefabricadas como a veces ingenuamente se espera, evoluciona hacia un sólido interés, un instrumento de trabajo como éste puede contribuir a acrecentar el caudal de los conocimientos bíblicos de sacerdotes, seminaristas y laicos maduros. La principal urgencia de la Iglesia católica en el terreno de la cultura Bíblica es hoy la de formar una clase media bíblica, que sirva de eslabón intermedio entre los especialistas y los casi-analfabetos bíblicos. La extensión cultural en el terreno Bíblico encontrará en esta Concordancia un instrumento de trabajo sumamente útil. Es una primicia en un desconocido sector pedagógico, donde escasean los diccionarios, gramáticas y auxiliares didácticos modernos en castellano.

Puede constituir cierta dificultad, el hecho de que el texto protestante no suena familiar en los oídos católicos. Ventaja en cambio, es que el texto bíblico correspondiente a la Concordancia puede encontrarse fácilmente y a precio ínfimo, al alcance de bolsillos de estudiante. Incluso el precio de la Concordancia (unos doce dólares) no es excesivo para un libro de esta categoría.

Una edición ulterior de la Concordancia de Denyer podría prestar un servicio mayor a la causa del estudio bíblico si se agregara, como lo hace la Concordancia griega de los LXX o la inglesa de Young, el elenco de las palabras hebreas o griegas correspondientes en los textos originales a cada voz castellana, indicando en cada texto, por medio de un número, la equivalencia correspondiente.

H. Bojorge

#### **JUVENTUD Y CRISTIANISMO EN AMÉRICA LATINA**

Este librito editado por Indo-America Press Service es el documento final del Seminario sobre "Visión cristiana de la formación social de la juventud en Latinoamérica", realizado bajo los auspicios

del Departamento de Educación del CELAM, en Bogotá del 18 al 24 de mayo de 1969. El Presidente de este Departamento, Don Cándido Padín OSB nos lo presenta.

El enfoque del Seminario, dejando de lado un tanto el programa inicial, nos señala la objetividad y el acierto del trabajo realizado por los movimientos juveniles que intervinieron en este Seminario.

Partiendo del principio de que formación significa enfrentarse a la realidad, pareció que el epíteto "social" estaba necesariamente implicado en el término "formación", porque la educación de la juventud implica "la integración del hombre a su medio social".

Pero, teniendo en cuenta que las formas concretas de formación en América Latina desencadenan un proceso alienante, el Seminario se orientó hacia el análisis de la situación real de las estructuras familiares, educativas, políticas, económicas y aún eclesiales, para ver con claridad la función que en América Latina corresponde a la juventud: concientizar y denunciar.

No se puede ver con claridad el desafío que enfrenta la juventud, sin ubicarla en el contexto socio-político y cultural de nuestro continente. Por aquí comenzó el trabajo del Seminario, en el cual los técnicos aportaron sus análisis.

El estudio del "proceso histórico de América Latina y su incidencia en la juventud", como la visión cristiana del mismo proceso histórico es la parte más extensa, inspiradora y valiosa de este documento. Ella sola convierte a este librito en un instrumento indispensable para la reflexión de grupos juveniles.

Sólo la situación real puede orientar la praxis y sólo ella señala la responsabilidad de la juventud latinoamericana.

Pero cuando el documento señala las "exigencias" y las "recomendaciones", que nacerían lógicamente de las premisas anteriores, se tiene la impresión de que se han dejado de lado detalles importantes.

Del análisis de la situación enajenante de América Latina se pasa inconscientemente a lo que "debería ser" y de acuerdo a ello se determinan conclusiones programáticas, pero olvidando quizá detalles importantes de la situación real. Señalo dos detalles:

1º lo que "debería ser" está obstaculizado por el poder actual económico, político y cultural que medra con el "statu quo". Este factor, bien analizado en el capítulo dedicado al proceso histórico, parece no contar suficientemente en las conclusiones, con lo cual éstas se pueden convertir en verdaderas utopías (en el sentido peiorativo del término).

2º con respecto a la función de los cristianos y de la Iglesia en esta situación latinoamericana, se da la impresión de contar con un poder que en realidad

(pasa a la pág. 61)

*Vd. puede adquirir PERSPECTIVAS DE DIALOGO, en:*

#### URUGUAY

Librería América Latina, 18 de julio 2089  
Mosca ilnos, 18 de julio 1578  
Librería San Pablo, San José  
APOCE, Soriano 1465  
Centro Pedro Fabro, Agraciada 2974  
Horizontes, Tristán Narvaja 1544  
Alfa, Cindadela 1389  
Papacito, Andes casi 18 de julio  
Librería de la Universidad, 18 de julio  
Tarino, 18 de julio y Eduardo Acevedo  
Monteverde, 25 de Mayo 577

precio del ejemplar: \$ 100.00

#### ARGENTINA

##### Librerías

##### En BUENOS AIRES:

Librería Catequística — Rodríguez Peña 898  
Librería del Instituto de Cultura Religiosa Superior — Rodríguez Peña 1054  
Herder — Callao 565  
Servicio del Libro de la A.C.A. — Rodríguez Peña 846  
Librería Carlos Lohle — Viamonte 795  
Librería de las Facultades de Teología y Filosofía — Avda. Mitre 3226 (San Miguel —  
Prov. Bs. As.)  
Librería Didajé — José Cubas 3543  
Librería Cultural Universitaria — Callao 542  
Distribuidora Lumen — Rodríguez Peña, 750 1er. Piso — Bs. As. (cap. fed.)  
Librería Diagrama — Vicente López 92 — Bahía Blanca (Prov. de Bs. As.)  
En MENDOZA:  
Difusora Católica  
Galería Tonsa — Local H-13  
García Santos Libros SRL  
Rivadavia 35  
En CORDOBA:  
Librería Verbo Divino  
Vélez Sarsfield 74  
Librería San Pablo  
27 de Abril 290  
Librería Córdoba  
Dean Funes 75  
Librería Nubis  
Dean Funes 158  
En SANTA FE:  
San Pablo — San Jerónimo 2136  
Librería San Pablo  
Buenos Aires 837  
En ROSARIO:  
Librería Ross  
Córdoba 1378  
En TUCUMAN:  
San Pablo — 24 de Setiembre 512  
En CHACO:  
Librería San Pablo  
Antártida Argentina 178  
Resistencia

precio del ejemplar: \$ 2.00 (\$ 200.00 m.n.)

# **Teología abierta para el laico adulto**

por

**JUAN LUIS SEGUNDO**

en colaboración con el  
**Centro Pedro Fabro de Montevideo**

**1**

## **Esa Comunidad Llamada Iglesia**

**2**

## **Gracia y Condición Humana**

**EDICIONES CARLOS LOHLE**

Distribuye América Latina

18 de JULIO 2089